

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS EN MADRID.

LLEVADO A DOMICILIO.

Un mes	4 rs.
Tres meses	10
Seis meses	20
Un año	38

Se suscribe en Madrid en la Administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.
En Provincias, en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS EN PROVINCIAS.

FRANCO DE PORTE

Un año 48 rs.

Con la facilidad de efectuar el pago en una, dos, tres ó cuatro veces, anticipado.



— Pronto tendrán VV. la contestacion. (Pág. 228, columna 3.ª).

EL REY DE LAS TINIEBLAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCCION

DE D. J. F. SAENZ DE URBACA.

(Continuacion. — Véase el n.º 67).

Juan se inclinó respetuosamente y sacó de su cintura el pedazo de tela que le habia entregado Curumilla como prueba de su mision. El indio lo presentó silenciosamente.

— ¡Un pedazo del poncho de Curumilla! exclamó Trangoil Lanec con violencia apoderándose de él y enseñándoselo á Valentin, que tambien estaba muy conmovido; habla, mensajero de desgracia: ¿ha muerto mi hermano? ¿De qué viste noticia eres portador? Habla en nombre de

Pillian, dime el nombre de su asesino, á fin de que con sus huesos se haga Trangoil Lanec silbato de guerra.

— Las noticias que traigo son malas; sin embargo, en el momento en que me separé de Curumilla y de sus compañeros, estaban en sitio seguro y sin heridas.

Los dos hombres respiraron; Juan continuó:

— Prueba es de lo que digo este pedazo de su poncho que me ha dado diciéndome: — «Vé á buscar á mis hermanos, enséñales este pedazo de tela; entonces te creerán, y les referirás con todos sus pormenores la situacion en que nos hallamos.» Me he puesto en marcha, he andado doce leguas sin detenerme desde la puesta del sol, y héme aquí.

A una señal de Trangoil Lanec, Juan hizo la narracion que de él se esperaba.

Esta narracion fué larga. El Ulmen y Valentin le escuchaban con la mayor atencion.

Cuando concluyó, hubo un momento de silencio.

Cada uno reflexionaba acerca de lo que acababa de oír.

En efecto, las noticias eran malas; la posicion de los sitiados muy critica.

Era imposible que tres hombres, por mas resueltos que fuesen, pudiesen resistir durante mucho tiempo á los esfuerzos combinados de una masa de guerreros furiosos por razon de las pérdidas que los españoles les habian causado, y que ardian en deseos de tomar su revancha.

El auxilio que llevasen á sus amigos seria muy débil y acaso llegase demasiado tarde.

¿Qué habian de hacer?

Esto era lo que aquellos tres hombres indomables se preguntaban á si mismos llenos de rabia, sin poderse dar una respuesta satisfactoria.

Tropezaban con una imposibilidad que se alzaba implacable y terrible delante de ellos. Solo

podian hacer dos cosas: ó dejar á sus amigos morir sin procurar salvarlos, idea que ni siquiera se les ocurrió, ó ir á morir con ellos.

Fuera de estas dos combinaciones, nada podia hacerse; y en vano se devanaban los sesos para resolver aquel problema irresoluble.

Era un mal que no tenia remedio, y habia que inclinar la frente.

Valentin fué el primero que se resolvió.

— ¡Vive Dios! dijo levantándose con violencia; puesto que solo podemos morir con nuestros amigos, apresuremonos á reunirnos con ellos; la muerte les parecerá mas dulce si estamos á su lado.

— Vamos allá, contestaron resueltamente los dos indios como un eco fúnebre.

Salieron de la choza.

El sol se alzaba en el horizonte hermoso y radiante.

— ¡Bah! dijo Valentin animado por el aire fresco y los rayos deslumbradores del sol que hacian chispear los guijarros del camino, ya saldremos del apuro; mientras el alma está dentro del cuerpo, hay esperanza. No nos dejemos abatir, jefe; estoy seguro de que los salvaremos.

El Ulmen movió tristemente la cabeza.

En aquel momento, Juan, que se habia alejado sin que reparasen en él, volvió conduciendo del diestro tres caballos enjaezados.

— ¡A caballo! dijo; acaso lleguemos á tiempo.

Los dos hombres lanzaron un grito de júbilo y montaron á caballo.

Entonces comenzó una carrera furiosa que con nada podia compararse. Esta carrera duró seis horas.

Eran cerca de las once cuando los tres hombres, seguidos siempre por el valiente César, llegaron á la vista del Corcovado.

— Aquí debemos echar pié á tierra, dijo Juan. Continuar por mas tiempo nuestro camino á caballo, seria esponernos á que nos descubriesen los exploradores de Antinahuel.

Los caballos fueron abandonados.

En los alrededores reinaba el mayor silencio.

Los tres compañeros comenzaron á trepar á la montaña.

Después de haber subido durante bastante tiempo, se detuvieron para tomar aliento y consultarse entre si.

— Aguárdenme VV. aquí, dijo Juan; voy á marcharme de descubierta. Debemos estar rodeados de espías.

Sus compañeros se tendieron en el suelo, y él se alejó arrastrándose.

En vez de seguir subiendo, el indio, que habia calculado que se hallaba próximamente á la altura del trozo de rocas, oblicuó ligeramente, y muy luego desapareció detrás de un accidente del terreno.

Su ausencia fué larga. Trascurrió cerca de una hora antes de que volviese á aparecer.

Sus amigos, inquietos por tan prolongada ausencia, no sabian qué partido adoptar ni qué pensar.

En la persuasion de que hubiese sido descubierto y hecho prisionero, se disponian á emprender de nuevo su marcha arriesgándose á cuanto pudiera suceder, cuando le vieron correr rápidamente sin tomarse siquiera el trabajo de ocultarse.

Cuando estuvo cerca de ellos, Valentin le preguntó con viveza:

— Vamos, ¿qué ocurre? por qué es ese aspecto de alegría que se refleja en el rostro de V.?

— Curumilla es un jefe prudente, contestó Juan; ha quemado el bosque que está detrás de las rocas.

— ¿Y qué ventaja tan grande nos procura ese incendio?

Una ventaja inmensa. Los guerreros de Antinahuel estaban emboscados al abrigo de los árboles, y se han visto obligados á retirarse. Ahora el camino está libre y podemos reunirnos con nuestros amigos en cuanto queramos.

— Pues vamos allá, exclamó Valentin.

— ¿Y á Curumilla, preguntó Trangoil Lanec, cómo le avisaremos de nuestra presencia?

— Ya le he avisado; ha visto la señal y nos esperan.

— Estos demonios de indios piensan en todo, murmuró Valentin mordiendo el bigote. Vamos, ven aquí, César; ven aquí, mi buen perro. Triste desgracia será que con el auxilio de estos tres hombres resueltos no logre yo salvar á mi pobre Luis. El horizonte se iba oscureciendo de una manera alarmante. ¡Ira de Dios! es menester cuidar de no dejar aquí su piel.

Y seguido de César, que le miraba meneando la cola, y parecia comprender los pensamientos que entristecian á su amo, tanto era lo espresivo de su mirada, echó á andar detrás de Trangoil Lanec, quien á su vez seguia los pasos de Juan.

Veinte minutos despues, sin haber sido molestados por nadie, se encontraban al pié de las rocas, mientras que desde el borde de la plataforma, D. Tadeo y Curumilla les hacian alegres señales de bienvenida.

LXIII.

EN LA BOCA DEL LOBO.

Nos vemos obligados á interrumpir aquí nuestra narracion á fin de referir varios incidentes que habian ocurrido en el campamento de los araucanos, despues del combate sostenido contra los españoles en el desfiladero.

Los hombres emboscados en la parte alta de las rocas les habian hecho sufrir pérdidas muy sensibles.

Los principales jefes araucanos que se habian librado sanos y salvos de la lucha encarnizada de la mañana, habian sido gravemente heridos por manos invisibles.

El general Bustamante derribado de su caballo habia recibido una bala que, afortunadamente para él, no hizo mas que herir bastante ligeramente sus carnes.

Los araucanos, furiosos por aquel ataque que estaban muy lejos de esperar, en el primer paroxismo de la cólera habian jurado vengarse á toda costa, resolucion que ponía á los aventureros en una posicion muy critica.

Al general Bustamante se lo habian llevado desmayado fuera del sitio de la batalla, y ocultado en los bosques, asi como á la Linda.

D. Pancho, á quien casi al momento hicieron la primera cura, volvió en si muy pronto.

Su primer movimiento fué procurar saber dónde estaba é informarse de lo que habia ocurrido.

Antinahuel se lo dijo.

— ¿Qué conducta observará mi hermano? preguntó el general.

— El Aguila Grande tiene mi palabra, contestó el jefe con una mirada torva; que cumpla la suya y yo haré otro tanto con la mia.

— No tengo la lengua doble, dijo el general que vuelva yo al poder y restituiré al pueblo araucano el territorio que ha perdido.

— Entonces que mande mi padre y obedecerá repuso Antinahuel.

Una sonrisa de orgullo arqueó los labios de los ñosos del general. Comprendió que no habia concluido todo para él y se dispuso á jugar avidamente la partida postrera y de la que dependia su fortuna ó su pérdida.

— ¿Dónde estamos? preguntó.

— Emboscados en frente de los rostros pálidos que nos atacaron tan rudamente hace una hora cuando entramos en la llanura.

— ¿Y qué pretende hacer mi hermano?

— Apoderarnos de ellos, contestó Antinahuel esos hombres morirán.

Dichas estas últimas palabras, saludó al general y se retiró.

Después de su partida, D. Pancho permaneció sumido en sombría melancolía. La obstinacion de los aucas para reducir á un puñado de aventureros, cuya resistencia, sin duda alguna, seria larga, podia frustrar el plan que estaba ya madurando en su cabeza, dando á los patriotas tiempo suficiente para disponerse á sostener la nueva lucha.

Para la realizacion de sus proyectos, la celeridad era condicion *sine qua non*, y maldecia el orgullo de los indios que les hacia sacrificar una vana empresa, sin mas interés que la muerte de algunos hombres, cuestiones que para él eran de la mayor importancia.

Con la cabeza tristemente apoyada en la mano se hallaba sepultado en profunda meditacion cuando sintió que le tiraban ligeramente de las casaca. Se volvió lleno de sorpresa y contuvo un grito de horror.

Doña Maria, con el trage rasgado y manchado de sangre y de barro, con el rostro envuelto en vendas y trapos ensangrentados, estaba á su lado.

La cortesana adivinó la impresion que habia producido en el hombre á quien hasta aquel momento tuvo doblegado delante de si obedeciendo sus mas leves caprichos, y comprendió que con la belleza se habia marchado el amor. Una sonrisa amarga crispó sus labios.

— ¿Os causo horror, D. Pancho? dijo con voz lenta y con un acento de indefinible tristeza.

— Señora..... dijo el general con viveza.

Ella le interrumpió.

— No se rebaje V. hasta el extremo de pronunciar una mentira, indigna de V. y de mí. ¿Qué puede sorprenderme en todo lo que está pasando no ha sucedido siempre así?

— ¿Señora, cree V.?.....

— Le digo á V. que ya no me ama, D. Pancho, ahora soy fea, repuso la Linda con amargura. Pero lo demas, todo se lo he sacrificado á V., todo; solo me quedaba mi belleza, y se la he dado á V. con júbilo.

— No contestaré á las disfrazadas recriminaciones que V. me dirige. Espero probarla con mis actos que.....

— ¡Basta! exclamó la Linda interrumpiéndole con violencia, dejemos esas vulgaridades de las que ni V. ni yo creemos una sola palabra. Si el amor no puede ya unirnos, que sea el odio el vínculo que nos acerque; uno y otro tenemos el mismo enemigo.

— ¡D. Tadeo de Leon! murmuró el general con espresion de cólera.

— Si, D. Tadeo de Leon, el mismo que hace escasamente algunos dias nos abrumó con tantas humillaciones.

— Pero hoy estoy libre, exclamó el general con acento terrible.

— Gracias á mi, dijo doña Maria con intencion, porque los cobardes partidarios de V. le habian abandonado.

— Si, contestó D. Pancho, es verdad, solo V. me ha permanecido fiel.

— Las mujeres somos así; no comprendemos los sentimientos bastardos; en nosotras, todos se hallan francamente delineados; amamos ó aborrecemos. Pero basta de esto; es preciso que se apresure V. á aprovechar su libertad. Bien conoce V. la habilidad y el frio valor de su enemigo: si le da V. tiempo para ello, en pocos dias llegará á ser un coloso cuya ancha base de granito le será á V. imposible minar.

— Si, murmuró el general como hablando consigo mismo, lo sé, lo comprendo; vacilar, es perderlo todo; pero ¿qué he de hacer?

— En primer lugar no desesperarse y examinar todo cuanto pase aquí. ¡Oh! añadió inclinando la cabeza hácia delante; ¿oye V. ese ruido? acaso sea que nos llega el socorro que aguardamos.

Hubo gran movimiento en el bosque. Era la escolta de D. Ramon, á la que rodeaban y hacia prisionera los indios. Antinahuel apareció llevando consigo á un personaje á quien ambos interlocutores conocieron en seguida.

Aquel hombre era D. Ramon Sandías.

Al ver á la Linda dió un salto de terror, y si el jefe no le hubiera contenido, hubiera huido, aun á riesgo de hacerse matar por los indios.

— ¡Miserable! exclamó el general apretándole la garganta.

— ¡Deténgase V.! dijo la Linda desembarazando al senador mas muerto que vivo.

— ¡Cómo! ¿Defiende V. á ese hombre? exclamó el general en el colmo de la sorpresa; segun eso, ¿no sabe V. quién es? No solo me ha hecho traicion de una manera indigna con su compañero Cornejo, sino que tambien él es quien ha inferido á V. esa herida espantosa.

— Sé todo eso; contestó la Linda con una sonrisa que heló de espanto al pobre diablo, quien creyó que habia llegado su última hora; pero la religion impone el olvido y el perdon de las injurias; olvido y perdonó á D. Ramon, y V. hará como yo D. Pancho.

— Pero... comenzó á decir.

— Hará V. como yo, repuso la Linda con su voz mas serena y con una mirada significativa.

El general comprendió que la Linda tenia una idea y no insistió.

— ¡Bueno! dijo; puesto que V. lo desea, doña Maria, perdone yo tambien. Tome V., D. Ramon, hé aqui mi mano, añadió tendiéndosela.

El senador no sabia si habia de creer lo que oia; pero de todos modos cogió presuroso la mano que le tendian y la estrechó con todas sus fuerzas.

Antinahuel se sonrió con desprecio al ver aquel desenlace de una escena cuya trascendencia no comprendia, no obstante toda su astucia.

— Si es así, dijo, les dejo juntos; es inútil atar al prisionero.

— Completamente inútil, dijo D. Pancho.

— Sí, replicó el Toqui, veo que se entienden VV.

— Perfectamente, jefe, repuso el general con una sonrisa de indefinible espresion.

Antinahuel se retiró.

Tan luego como D. Ramon estuvo solo con la Linda y el general, no puso ya limites á su gratitud.

— ¡Oh! mis queridos bienhechores!... exclamó con entusiasmo, precipitándose hácia ellos.

— Aguarde V. un momento, caballero, exclamó D. Pancho, ahora tenemos que hablar.

El senador se detuvo estupefacto.

— ¿Habia V. supuesto, dijo la Linda, que un pícaro redomado podia inspirarnos la menor compasion?

— No hay en esto, continuó el general, sino que hemos querido, que hemos tenido empeño en ser los únicos que dispongamos de V.

— ¿Reconoce V. francamente, repuso la Linda, que se halla en realidad en nuestro poder, y que si queremos darle muerte, nos es muy fácil?

El senador quedó abrumado.

— Ahora, añadió el general, conteste V. categóricamente á las preguntas que se le van á dirigir. Debo advertir á V. que la mas simple mentira hará caer su cabeza.

Un nuevo temblor agitó al senador.

— ¿Cómo se encuentra V. aquí?

— ¡Oh! de una manera muy sencilla, general; en este momento acabo de ser sorprendido por los indios.

— ¿Y á dónde iba V.?

— A Santiago.

— ¿Solo?

— No por cierto; llevaba una escolta de 50 jinetes; ¡ay de mi! añadió suspirando, no era suficiente.

Al oír la palabra escolta, el general y la Linda se dirigieron mutuamente una mirada de inteligencia.

D. Pancho prosiguió el interrogatorio.

— ¿Qué iba V. á hacer á Santiago?

— ¡Ay! Dios! estoy cansado de la política y mi intencion era retirarme á mi quinta del Cerro Azul, en medio de mi familia.

— ¿No tenia V. otro objeto? preguntó el general.

— No por cierto.

— ¿Está V. seguro de ello?

— Seguro.... ¡Ah! aguarde V., dijo variando de opinion, me habian confiado un encargo.

— ¡Ah! ya ve V....

— Si, aseguro á V. que lo habia olvidado.

— Bueno, ¿y qué encargo era ese?

— Lo ignoro.

— ¿Cómo que lo ignora V.?

— Si por cierto, me habian confiado un despacho.

— Démele V.

— Héle aquí.

El general se apoderó de él, rompió el sello y le recorrió rápidamente con la vista.

— ¡Bah! dijo estrujándole entre sus dedos cris-

pados, este despacho no tiene sentido comun, es del género de los que se confian á los hombres de la especie de V.

El senador fingió que tomaba esta frase por un cumplimento, y dijo:

— Eso mismo habia yo pensado, dijo con una sonrisa que tenia la pretension de ser agradable; pero que á pesar suyo fué convertida en una mueca espantosa por el terror que descompuso sus facciones.

Al oír esta respuesta ridícula, el general no pudo conservar su seriedad, y prorumpió en una franca carcajada, á la que el senador se apresuró á asociarse sin saber por qué. Doña Maria puso término á aquella hilaridad tomando la palabra, y dijo:

— D. Pancho, trasládese V. al lado de Antinahuel, que es de suma importancia que mañana al amanecer solicite una entrevista con los aventureros que se han anidado, como mochuelos, en la cumbre de la roca.

— Pero se negará á hacerlo, observó el general sorprendido.

— Es preciso que acepte; encárguese V. de convencerle.

— Lo intentaré.

— Es preciso conseguirlo.

— Lo conseguiré, puesto que V. lo exige.

— Durante la ausencia de V., yo hablaré con este hombre.

— Haga V. lo que guste; yo me retiro.

¿De qué argumentos se valió el general para inducir al Toqui á parlamentar con los sitiados? Lo cierto es que lo consiguió.

Quando se reunió con Doña Maria, esta terminaba su conversacion con el senador, diciéndole con voz sardónica.

— Arréglese V. como pueda, querido amigo; si sale V. mal de su comision, le entrego á los indios, quienes le quemarán vivo.

— ¡Caramba! dijo D. Ramon con espanto, si saben que he sido yo quien ha hecho eso, ¿qué me sucederá?

— Será V. quemado.

— ¡Diablo! diablo! la perspectiva no es agradable; francamente, ¿no puede V. confiar el encargo á otro?

Doña Maria se sonrió con astucia y le dijo:

— Tranquílcese V., me tendrá por cómplice suya y le ayudaré.

— ¡Oh! entonces, dijo lleno de júbilo, estoy seguro de triunfar.

La Linda le cumplió su palabra, le ayudó á ejecutar el atrevido proyecto que habia concebido.

D. Pancho se abstuvo de interrogar á la cortesana.

Sabia que trabajaba en favor suyo, y esto le bastaba. Aguardaba con paciencia á que ella juzgase conveniente hacerle sus confidencias.

LXIV.

LA CAPITULACION.

Volvamos á la choza del consejo, en donde el conde de Prebois-Crancé habia sido introducido por el general.

D. Pancho Bustamante tenia demasiado valor personal para no apreciar esta cualidad en otro.

La actitud altiva y orgullosa en que se habia

colocado el joven, le agradó; pero eso, después de su contestación, en vez de llevar á mal la manera en que habia restablecido los hechos y planteado la cuestión, se lo agradeció y le dijo inclinándose.

—La observación de V. es muy justa, señor....

—Conde de Prebois-Crancé, dijo el francés completando la frase y saludándole.

En América, en esa tierra de la igualdad por excelencia, al menos según pretenden las gentes que nunca han ido á ella, no existe la nobleza, y por consiguiente, los títulos son allí desconocidos. Sin embargo, no hay en el mundo un país en el que esa nobleza y esos títulos disfruten de mayor prestigio.

Un conde ó un marqués son considerados por los pueblos que visitan, como hombres de un género superior á la comunidad de los mártires. Y esto que decimos aquí, no solo se refiere á la América del Sur, en donde, con arreglo á la antigua ley, que dice que todo castellano es noble, los descendientes de los españoles podrían reivindicar la nobleza con justo derecho, sino que en los Estados-Unidos, sobre todo, es donde la influencia de los títulos reina en toda su fuerza.

El inmortal Fenimore Cooper habia hecho ya esta observación antes que nosotros en una de sus novelas. Refiere el efecto producido por uno de sus personajes, de origen americano, que habiendo emigrado á Inglaterra en tiempo de la revolución, volvió de allá adornado con el título de *Baronet*. El efecto fué inmenso, y Cooper añade, que los buenos de los yankees quedaron completamente *enorgullecidos*.

¿De dónde puede provenir esa anomalía entre unos republicanos tan feroces como los americanos? Por nuestra parte, confesamos francamente nuestra incompetencia y dejamos á otros, más iniciados en los misterios del corazón humano el cuidado de resolver tan árdua cuestión.

El general y el senador miraron al conde con simpática curiosidad, y el general dijo al cabo de un instante.

—Ante todo, permítame V., señor conde, que le pregunte cómo es que V. personalmente se encuentra entre los hombres á quienes sitiamos.

—Por la razón más sencilla, caballero, contestó Luis con afable sonrisa; viajó con algunos amigos y varios criados. Ayer llegó hasta nosotros el ruido del combate; inmediatamente me informé de lo que estaba pasando. En este intermedio, varios soldados españoles que iban corriendo por la cresta de las montañas, se atrincheraron en la roca en que yo mismo habia buscado un refugio, no cuidándome en manera alguna de caer en manos de los vencedores, si estos eran araucanos, gentes que dicen son feroces, sin fé ni ley y qué sé yo cuántas cosas más. La batalla comenzada en el desfiladero continuó en la llanura. Los soldados, aconsejándose tan solo de su valor, hicieron fuego sobre el enemigo, y esta imprudencia nos fué fatal, pues hé ahí la razón por qué VV. nos descubrieron.

El general y el senador sabian perfectamente á qué atenerse acerca de la veracidad de aquella narración, á la que, sin embargo, como gentes bien educadas, aparentaron dar el más completo crédito; por otra parte, se hacia con tanta indi-

ferencia y con un aplomo de tan buen género, que la habian escuchado sonriendo.

Antinahuel y el Ciervo Negro la tomaron al pie de la letra.

—Según eso, señor conde, contestó el general, es V. el jefe de la guarnición.

—Sí señor....

—General D. Pancho Bustamante.

—¡Ah! perdón V., dijo el joven con aspecto sorprendido, aunque sabia muy bien á quien se dirigia, ignoraba quien fuese V., general.

D. Pancho se sonrió con orgullo y repuso:

—¿Y esa guarnición es numerosa?

—Sí, bastante, contestó ligeramente el joven.

—¿Treinta hombres quizás? dijo el general con tono insinuante.

—Sobre poco más ó menos, replicó el conde con aplomo.

El general se levantó.

—¿Cómo! señor conde, exclamó con fingida cólera; ¿con treinta guerreros es con lo que pretende V. resistir á quinientos araucanos que le rodean?

—¿Y por qué no, caballero? contestó friamente el joven.

Al decir estas palabras el acento del francés fué tan firme, sus ojos lanzaron tal relámpago, que los circustantes se estremecieron.

—Pero eso es una locura, repuso el general.

—No señor; es una valentía, replicó el conde. ¡Vive Dios! VV. todos los que me están escuchando, son hombres intrépidos á quienes mi lenguaje no puede causar sorpresa, y en nuestro lugar obrarian VV. del mismo modo.

—Sí, dijo Antinahuel; mi hermano el murche habla bien; es un gran jefe entre los guerreros de su nación y los araucanos se envanecerán con vencerle.

El general frunció el entrecejo, pues la entrevista no tomaba el giro que le convenia.

—Inténtelo V., jefe, replicó el joven con altivez; pero la roca que nos sirve de abrigo es alta, y estamos resueltos á recibir todos la muerte antes que rendirnos.

—Vamos, señor conde, dijo el general con tono conciliador; todo esto no es sino una mala inteligencia. La Francia no está en guerra con Chile, que yo sepa.

—Debo confesarlo, contestó Luis.

—Me parece, pues, que es más fácil entendernos de lo que V. supone.

—En verdad, diré á V. francamente que he venido á la América para viajar y no para batirme; y si yo hubiese podido evitar todo lo que ha sucedido, lo hubiera hecho con mucho gusto.

—Pues bien, nada más fácil que terminar esta situación.

—Es lo que más deseo.

—Y yo también.

—¿Y V., jefe? dijo á Antinahuel.

—Bueno, mi hermano es el dueño, y lo que haga hecho quedará.

—Muy bien, repuso el general; hé aquí cuales son mis condiciones: V., señor conde, con los franceses que le acompañan, tendrán entera libertad para retirarse á donde mejor les plazca; pero los chilenos y aucas, quienes quiera que sean, que se encuentren en la roca, nos serán entregados inmediatamente.

El conde frunció el entrecejo, se levantó, y

después de haber saludado á los circustantes con la más esquisita cortesanía, salió resueltamente de la choza. Los cuatro hombres se miraron un instante sorprendidos, y luego, por un movimiento espontáneo, se lanzaron en seguimiento suyo.

El conde se dirigia hácia la roca con paso lento y tranquilo.

El general le alcanzó á cierta distancia de atrincheramientos.

—¿A dónde va V., caballero? le dijo; ¿por qué es esa partida súbita, sin dignarse contestarnos?

El joven se detuvo y dijo con voz breve:

—Caballero, después de la proposición de V. toda respuesta es inútil.

—Sin embargo, me parece.... observó el Pancho.

—Quite V. allá, caballero, no insista V. V. á reunirme con mis compañeros. Tenga V. entendido que los hombres que se hallan conmigo encuentran colocados momentáneamente bajo protección, y seguirán hasta el fin mi suerte como yo seguiré la suya: abandonarlos sería cometer una cobardía. Eso no. Los jefes aucas que nos están escuchando, estoy convencido de que son hombres de corazón y comprenden que de romper toda negociación.

—Mi hermano habla bien, dijo Antinahuel, pero han muerto algunos guerreros, y es preciso que esa sangre derramada tenga venganza.

—Es muy justo, observó el joven, por eso me retiro. Mi honor me prohíbe que permanezca un tiempo aquí y que preste oídos á proposiciones consideradas como inaceptables.

Mientras el conde hablaba de este modo, habia continuado andando, y las cinco personas que habian salido del campamento, en cierto modo, sin pensar en ello, se hallaban á cierta distancia de la ciudadela improvisada.

—Sin embargo, caballero, observó el general, antes de rehusar tan perentoriamente, menos debería V. avisar á sus compañeros.

—Tiene V. razón, general, dijo el conde con una sonrisa burlona.

Cogió su cartera, escribió algunas palabras en una de sus páginas, la rasgó y la dobló en cuatro.

—Va V. á quedar satisfecho, le dijo.

Y luego volviéndose hácia la roca, se puso la mano en la boca en forma de bocina y gritó con fuerza:

—Echen VV. un lazo.

Casi al momento pasó por una de las aspilleras una cuerda larga de cuero y flotó muy luego un pie del suelo.

El conde cogió una piedra, la envolvió en una hoja de papel y lo ató todo en el extremo del lazo que volvió á subir.

El joven cruzó los brazos sobre el pecho, volviéndose hácia los que le rodeaban, les dijo:

—Pronto tendrán VV. la contestación.

En aquel momento reinaba cierta agitación entre los aucas. Un indio acababa de llegar muy asustado y de murmurar al oído de Antinahuel algunas palabras que le habian trastornado. El general habia cambiado con el senador una mirada significativa.

De pronto las fortificaciones móviles amontonadas en la cumbre de la roca, se apartaron

por encanto y la plataforma apareció cubierta de soldados chilenos armados con fusiles. Un poco á vanguardia de ellos estaba Valentin con su perro César.

D. Tadeo y los jefes indios eran los únicos que estaban invisibles. Valentin se hallaba apoyado indolentemente en su fusil.

El conde no sabia si habia de creer lo que veia, y en vano se preguntaba á sí mismo dónde habia reclutado su amigo tan numerosos soldados.

Sin embargo, no mostró su estrañeza. Ninguna señal de sorpresa se reflejó en su rostro. Se volvió tranquilamente hácia los jefes y les dijo con una sonrisa burlona:

—Ya ven VV., señores, que la contestacion no se ha hecho esperar. Escuchen bien, se lo ruego.

—Señor conde, gritó Valentin con una voz que retumbó como el trueno; en nombre de mis compañeros, que me encargan conteste á V., le digo que ha tenido razon en rechazar las vergonzosas proposiciones que le ofrecian. Estamos aqui ciento cincuenta hombres resueltos á perecer antes que aceptarlas.

El guarismo ciento cincuenta hombres produjo gran efecto sobre los jefes aucas, y confirmaba la noticia que acababan de recibir de que sus prisioneros chilenos habian logrado escaparse del campamento con armas y bagajes y reunirse con los siliados.

Inútil es explicar que esta fuga de los prisioneros habia sido concertada y ejecutada por doña Maria y el senador.

Hé aqui cuál era el proyecto que habia concebido para obligar á los araucanos á levantar el sitio, proyecto que, así como todos los formados por aquella mujer de inteligencia infernal, habia de salirle bien por su misma audacia.

El conde, que cuando no representaba mas que á una guarnicion compuesta de tres hombres, habia tenido un lenguaje tan altanero, no estaba de humor de modificarlo entonces que la fortuna le sonreia de un modo tan visible.

—Queda convenido, gritó á Valentin.

Y dirigiéndose á los jefes, añadió:

—Ya lo ven VV., mis compañeros opinan como yo.

—¿Qué quiere, pues, mi hermano? preguntó Antinahuel.

—¡Oh! poca cosa, contestó el jóven; únicamente marcharme. No soy ambicioso, todos somos buenas gentes, ¿por qué hemos de degollar unos á otros sin razones plausibles? Ese modo de obrar seria ridiculo. Vayanse VV., regresen á sus atrincheramientos dándome su palabra de honor de no salir de ellos antes de tres horas. Entre tanto abandonaré con mi tropa el puesto que ocupo, y me retiraré con armas y bagajes sin bajar á la llanura. Tan luego como me haya marchado, levantarán VV. el campo y se retirarán por su lado sin tratar de inquietar mi marcha. ¿Les convienen á VV. esas condiciones?

Antinahuel, el Ciervo Negro y el general se consultaron un instante en voz baja.

—Aceptamos, dijo Antinahuel; mi jóven hermano pálido es un gran corazon, él y sus mose-tones quedan libres para retirarse como quieran.

—Bien contestó el conde estrechando la mano que le tendia el Toquí, es V. un guerrero valiente y le doy las gracias, jefe; pero aun tengo que hacerle una peticion.

—Espíquese mi hermano, si puedo concedérsela, lo haré.

—Pues bien, repuso el jóven con efusion, no haga V. las cosas á medias, jefe; ayer se apoderaron VV. de algunos prisioneros españoles: restitúyamelos.

—Esos prisioneros estan libres, dijo el Toquí con forzada sonrisa, se han reunido ya con sus hermanos de la roca.

Luis comprendió entonces de dónde procedia el acrecentamiento inaudito de su guarnicion.

—Entonces no me queda mas que retirarme.

—Perdone V., perdone V., exclamó el senador, á quien no le desagradaba aprovechar la ocasion para alejarse cuanto antes de doña Maria y del general, cuya sociedad no le agradaba mucho; yo me hallaba en el número de esos prisioneros.

—Es muy justo, exclamó D. Pancho, que decida mi hermano.

—Bueno, que se marche ese hombre. Contestó Antinahuel encogiéndose de hombros.

D. Ramon no se lo hizo repetir y siguió presuroso al conde.

Luis saludó cortesmente á los jefes y regresó á la torre donde sus compañeros le aguardaban con ansiedad.

Los preparativos de la partida fueron breves.

El senador, sobre todo, tenia mucha prisa para alejarse, tanto era lo que temia volver á caer en manos de aquellos de quienes por milagro se habia escapado.

Si doña Maria y el general hubiesen sospechado que el hombre á quien aborrecian y contra el cual se habian coaligado se hallaba en el número de aquellos á quienes habian salvado trabajando con tanto ardor, ¡grande hubiera sido su pesar!

Algunas horas mas tarde, aquellos sitios habian vuelto á caer en su habitual soledad, que solo se hallaba turbada en ciertos intervalos por el vuelo de los condores ó la rápida carrera de los guanacos.

Chilenos y araucanos habian desaparecido,

(Se continuará).

GUILLERMO.

NOVELA ORIGINAL

DE D. ANTONIO MARCO

Y

D. MARTIN PETREA.

(Contin.—V. el n.º 67).

CAPITULO II.

Los últimos rayos del sol reverberaban en las torres de la hermosa ciudad de Nápoles, que parecia envuelta en una neblina por efecto de la ocultacion de la luz en el Occidente. Las transparentes ondas del golfo se hallaban cruzadas por multitud de barcas de pescadores, cuyos dueños volvian á sus hogares, y el choque de sus remos al herir el cristal de las aguas, llevaba el compás á sus canciones melancólicas. Las islas del golfo Capri, en donde las ruinas de los palacios de Tiberio se confundian con los árboles que las rodeaban; Ischia cuyo volcan apagado solo apare-

cia iluminado en su cúspide, y Prócida eran combatidas sin cesar por las movibles ondas que al chocar contra sus costas, volvian hácia atrás juguetonas y coronadas de nevada espuma. El cielo teñido de azul y rosa, fué perdiendo poco á poco su color. Algunos puntos brillantes salpicaban el firmamento, los cuales se aumentaron sucesivamente hasta el infinito. Precioso manto que envolvía aquella parte de la tierra para que sus moradores se entregaran al descanso.

Manuel, libre de sus faenas de escribiente, abandonó la casa del comerciante, tenia una cita con su amada y esperaba con impaciencia que sonaran las doce en los relojes de la ciudad.

¡Cuán largas y pesadas parecen las horas á que espera algun placer! Cuando cree que ha llegado el momento de su dicha ve que no han trascurrido mas que algunos instantes; pero si lo que aguarda es una desgracia, su estado mismo de agitacion hace que trascurra el tiempo con una velocidad increíble.

En el primer caso se de sea acortar la vida, en el segundo alargarla.

Manuel se resignó á que el tiempo caminara como siempre, paseando las calles inundadas entonces por la claridad de la luna.

Un reloj, ese constante medidor del tiempo, dió las doce, y Manuel, éb rio de placer, pues era la hora de la cita, bendijo aquel sonido que le agradaba tanto como la mas deliciosa armonía.

El jóven se acercó á una reja, metió su mano por entre los hierros y dió algunos golpes en los cristales de la ventana. Poco tardó esta en abrirse, y Elena, la amada de Manuel, apareció radiante de belleza á las amorosas miradas del jóven, semejante á la madona de Rafael cuyo lienzo era la misma ventana. Su fisonomía indicaba un corazon de ángel, cuya mision en la tierra era la de amar á sus semejantes; si amaba al jóven era de un modo enteramente espiritual, pero inmenso y único; él constituia su existencia y á él dedicaba todos sus pensamientos.

Las horas en que durante la noche le veia, tenían para ella multitud de encantos y la hacian soportar con mas resignacion la ausencia de su amante por el dia.

Manuel quedó como estasiado al contemplarla, y un pensamiento religioso cruzó por su mente.

En la frente pura de la jóven, en sus ojos azules llenos de amor, en su boca entreabierta con una dulce sonrisa, y en su vestido blanco, imágen de su candor, le pareció ver algo de divino.

—Manuel, dijo la jóven con acento apasionado tendiéndole una mano por entre los hierros de la reja.

El jóven se precipitó á ella y cubriéndola de ardientes besos no cesaba de contemplar el semblante de la hermosa doncella.

Juramentos de amor por ambas partes y proyectos para el porvenir fueron sus palabras largo tiempo; mas pasada la primera efusion de sus corazones, observó Manuel que en el acento de Elena se notaba la tristeza y que algunos suspiros se escapaban de su pecho.

—¿Qué tienes, Elena? tú me ocultas algo? dijo el jóven con interés.

—No, Manuel, soy feliz; ¿no me amas? pues tu amor es para mí la vida y la felicidad.

—¡Oh! no me lo niegues, el acento de tus pa-

labras y la nube de tristeza que cubre tu semblante me dicen que sufres algún pesar.

— ¡Manuel!

— ¡Habla, ángel mio! ¿Por qué brotan de tus ojos esas dos preciosas lágrimas?

— ¡Abandóname, olvídamme! dijo la jóven suspirando; yo no puedo ser nunca tuya; el destino se opone á nuestra felicidad.

— ¡Qué te abandone yo, Elena!... ¿Lo crees posible? ¡Pero no me amas ya! mis juramentos de amor te fastidian! ¡Ah! me pides que te olvide... es imposible; pero no temas, ya no te importunaré con mis palabras.

— ¡Ah cruel!

— Yo habia pensado ser feliz algún dia. ¡Insensato! no contaba con mi destino adverso. ¿Qué me quedará de de ahora sobre la tierra? Tu imagen grabada en mi corazón, haciéndome sufrir horribles padecimientos al verte, tal vez, en los brazos de otro.

— ¡Calla, Manuel, por Dios! y escucha; yo te amo y conozco que si se nos separa, la vida se me hará insoportable. Pero ya sabes que mi tío no puede comprender nuestra pasión; hoy he sabido por una casualidad que ha prometido mi mano á un sugeto que hace tiempo solicita mi amor, aunque yo no le he correspondido sino con desprecios; pero es rico, y esta sola circunstancia ha decidido á mi tío; ¡cómo si la felicidad se comprara!... Pero te juro que antes que ser suya... no sé, Dios mio; pero creo que seria capaz de darme la muerte....

— ¡Ángel mio! y yo que creía que ya no me amabas!... ¡Perdóname! ¡Ah! no soy digno de que por mí viertas ese llanto. Pero déjame, haz feliz á ese otro, ¿quién sabe? Algún dia puede ser que le ames como á mí.

— No, Manuel; ese hombre me repugna.

— Y cuando tu tío te lo proponga para ser tu esposo, ¿qué harás entonces?

— Me negaré á ello; en fin, no sé que obstáculos pondré; pero te juro que no seré nunca de otro mas que tuya.

La conversacion de los dos amantes continuó hasta el amanecer; un suspiro se escapó de sus labios al separarse; presentian lo que su amor iba á hacerles padecer.

CAPÍTULO III.

En una habitacion adornada lujosamente, dormitaba recostado en un divan un hombre de edad avanzada, envuelto en una bata chinesca. La luz mitigada por las cortinas que cubrian los balcones, hacia que reinara en aquella estancia una dulce claridad, muy á propósito para que el sugeto de la bata se entregara en brazos de Morfeo. Se llamaba D. Ramon de Poccia y era tío de Elena. Como sucede con frecuencia en los hombres de edad ya avanzada, cuando el fuego de las pasiones ya ha pasado, consideraba que sin el oro no podia existir la felicidad, y Elena, que conocia su modo de pensar, veia que seria muy difícil que nunca consintiera en su casamiento con Manuel.

D. Ramon habia nacido en Nápoles; sus padres le habian dedicado á la carrera militar; pero mas adelante, cansado del servicio, habiendo muerto aquellos, sin mas pariente que una hermana casada en Parma, y dueño de una fortuna bastante regular, pidió su retiro y emprendió un viaje de

capricho por toda Europa y parte de América. Seis años estuvo ausente de su patria; cuando volvió á ella, supo que su hermana, ya viuda, estaba muy enferma; voló al instante á Parma en ocasion en que aquella iba á espirar. D. Ramon llegó aun á tiempo para que su hermana le encargara su hija Elena, entregando en seguida su alma á Dios.

El tío de Elena profesó á esta un cariño paternal, afirmándose cada vez mas por la dulzura de su carácter; pero este mismo cariño hacia que deseara su felicidad, y de ninguna manera como casándola con un hombre que reuniera la circunstancia de ser honrado á la de ser rico. De este modo creia hacerla feliz. Hacia tiempo que un pretendiente á la mano de Elena visitaba la casa; no tardó el sagaz tío en conocer cuáles eran sus pretensiones, y averiguó con placer que era poderoso.

— Este marido la conviene, pensó, y desde entonces tuvo con él muchas consideraciones.

El dia anterior al de que hablamos, el pretendiente habia pedido á Elena por esposa, y D. Ramon no vaciló un instante en concedérsela, sin saber si accederia su sobrina.

El señor de Poccia abrió los ojos, bostezó varias veces, y despues de hacer otras tantas la señal de la cruz sobre su boca, abandonó su postura y dió algunos paseos por la estancia.

— Sí, murmuró cogiendo un periódico que habia sobre un velador; es preciso que se case; el partido ofrece grandes ventajas, porque un comerciante poderoso no se encuentra detrás de cada esquina para marido. Voy á participárselo ahora mismo á mi sobrina.

D. Ramon tiró del cordon de una campanilla y tornó á sentarse en el divan.

— Di á la señorita que quiero hablarla, dijo á un criado que acudió apresurado.

Este salió, y al poco rato Elena entraba en la estancia.

Estaba pálida, y en sus ojos se notaban las huellas del llanto que desde que se habia separado de Manuel por la noche, no habia cesado de verter, temiendo el momento en que su tío la participara sus designios. Dos medios podia poner en práctica para oponerse á sus deseos: ó negándose absolutamente á ello, ó por medio de la súplica; en cuanto á lo primero, no podia aceptarlo su carácter dulce y angelical, por el respeto y agradecimiento que le debia por los cuidados paternales que con ella habia tenido; á lo segundo pensó recurrir, creyendo que se compadeceria de ella.

— ¿Me llamaba V., tío? preguntó la jóven al entrar.

— Sí, Elena; pero estás triste, has llorado; dime, ¿no eres feliz á mi lado?

— Tío, ya sabe V. que es todo lo contrario; siempre ha llenado V. para conmigo las funciones de padre, y creo que no ha procurado sino mi felicidad.

— Me alegro de que pienses así, hija mia, y cuando estes enterada de mis planes, verás cuán justas son tus palabras; te he mandado llamar para comunicártelos.

— Crea V., tío, que mi mayor felicidad consiste en estar eternamente á su lado.

— No tanto, hija mia; porque al fin tu destino es, como el de todas las mujeres, casarlo, tener

un marido que te haga dichosa, é hijos á quienes llenar de amorosos cuidados.

— Aborrezco el matrimonio no sé por qué, y creo que casada seré muy infeliz.

— El caso es, Elena....

— Además, que no seria la primer mujer que renunciara al matrimonio. ¿Cuándo gozaria de la libertad que ahora gozo? ¿Estar sujeta á un hombre que siempre tendria alguna ridiculidad, fuera viejo, y que me olvidaria á los cuatro dias si jóven?

— Pero....

— Tío, no me casaré nunca.

— Pero ¿y si yo te hubiera buscado un hombre que reuniera las mejores cualidades?

— Para mí serian defectos; no sabe V. mi modo de pensar en este punto.

— Hija mia, desecha esas ideas; el dia de mañana faltó yo y te verás sola en el mundo, sin ningun pariente. Teniendo marido, salvas este inconveniente. Hace tiempo que uno de nuestros conocidos te obsequia, y aunque tú no le has correspondido sino con indiferencia, ayer me pidió tu mano, que no vacilé en concederle, persuadido de que conocerias cuán ventajosa es esta union. Es D. Tomás de Viano, hombre de excelentes cualidades; su edad no puede ser mejor pues no es un viejo, ni tampoco un jóven desprovisto de seso; además, que su fortuna llenará tus menores deseos; dará fiestas, comidas, reuniones, y en fin, pasarás una vida que te envidiarán mas de cuatro, que siguiendo tus máximas no se han casado.

La jóven lanzó un suspiro.

— Esto te queria decir, continuó D. Ramon con que te aconsejo que no seas esquiva con tu futuro esposo; muéstrale que no te es indiferente, y yo te aseguro que al fin apreciarás sus buenas prendas.

Elena, persuadida de que su tío no se convertiria de que iba á ser desgraciada casándose, guardó silencio; por un momento estuvo á punto de confesarle sus amores con Manuel, pero esta confesion no podia producir ningun resultado favorable. Convencido su tío de que el jóven carecia de toda clase de bienes, ¿no se negaria á casarla con él y la privaria de aquellas horas que por la noche se hablaban los dos amantes?

Dejemos obrar al tiempo, que tal vez dispondrá los acontecimientos de otro modo, pensó la jóven, y se retiró á su habitacion.

Cuando D. Ramon se vió solo, se restregó las manos con alegría; pues estaba en la creencia de que habia convencido á su sobrina.

Libre su imaginacion de la idea que antes le ocupaba, volvió á reclinarsse en el divan, y al poco rato yacia sumido en un tranquilo sueño.

CAPÍTULO IV.

Era una hermosa tarde del mes de mayo; multitud de personas que durante el dia habian sufrido los rigores del calor, abandonaban las casas de la hermosa ciudad de Nápoles para disfrutar del ambiente templado por las brisas del golfo. Las calles y paseos estaban brillantes de animacion. Las bellas napolitanas lucian sus preciosos trages rodeadas de galantes jóvenes. Los coches cruzaban arrastrados por arrogantes corceles, y algunos ginetes, para dar á conocer su destreza, hacian varacolear á sus caballos.

Por una calle de árboles del paseo de la Villa Reale, paseaban tres personas que ya conocemos: eran D. Tomás, D. Ramon y su sobrina. El comerciante sonreía á cada momento; hacia el molinete con su baston, y queriendo imitar en todos sus movimientos la soltura y elegancia de un jóven, echaba á la amada de Manuel miradas expresivas de su pasion. En el rostro de Elena se notaba el disgusto por la obligacion en que se hallaba de escuchar sus lisonjas. De cuando en cuando volvía el rostro con indiferencia y miraba entre los árboles; entonces su semblante se reanimaba y se cubria de una nube de placer, que luego al escuchar á D. Tomás se tornaba en otra de fastidio. La causa de estas alternativas era Manuel que seguía á la jóven. *(Se continuará).*

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas, por J. CASTERA.

(Continuacion.—Véase el n.º 66).

Para entrar en el rio de Pei-Ho, el embajador y los principales personajes de su comitiva desembarcaron el dia 25 de agosto de 1793 á bordo de los briks el *Clareuse*, el *Jackall* y el *Endear-vour*, mientras que los guardas, los músicos, los criados y demas personas agregadas á la embajada les seguían en los juncos que llevaban los regalos y el equipaje. Favorecidos por el ruido y la marea, pasaron la barra en pocas horas. La costa vecina estaba tan baja que apenas se le descubría á dos millas de distancia sin las casas que se habian edificado. En la barra y dentro de ella, el agua estaba turbia y cenagosa, aunque dentro, y en el sitio donde fondeaba el *Lion*, estuviese estremadamente verde y clara. La barra se halla dividida en un gran número de pequeños bancos de arena colocados en diferentes direcciones, pero tan elevados y tan próximos los unos á los otros, que las embarcaciones tan pequeñas como el *Clareuse* y el *Jackall*, no pueden atravesarlos sino cuando la mar está alta. Al punto que se llega dentro de la barra se encuentran tres brazas de agua, y el rio tiene en este sitio cerca de quinientas de ancho. Los ingleses la vieron casi enteramente cubierta de juncos y de canoas de todas clases. Cerca de la embocadura, y sobre la orilla meridional, se ve un bonito y pequeño pueblo llamado *Tung-Coo*, con un puesto militar donde se colocaron las tropas sobre las armas para hacer honor al embajador.

Con la idea en que estaban los chinos de que este ministro quería al momento saltar en tierra, á fin de disipar la incomodidad que habria debido ocasionarle la larga estancia en el mar, los juncos que le acompañaban dejaron caer el ancla al punto que pasaron la barra. A pesar de esto, su excelencia prefirió ir á reunirse con el yacht, que le esperaba á algunas millas mas arriba. Es verdad que la situacion de *Tung-Coo* no convidaba á bajar. La tierra estaba baja, pantanosa y cubierta en parte de esas largas y útiles cañas cuya especie se conoce bajo el nombre de *arundo phragmites*, y que se hallaba en flor cuando pasaron por allí los ingleses.

Desde este punto fué necesario ir contra la corriente, lo que hace la marcha necesariamente

lenta: el poco fondo de aquel tortuoso rio no hacia sino retardar á los viajeros. Cuando el viento ó la marea no les favorece, un número suficiente de paisanos chinos arrastraban sus embarcaciones con una cuerda, triunfando de esta suerte de la corriente.

Bien pronto pasaron por delante de un segundo pueblo llamado *See-Coo* y por la tarde llegaron á *Ta-Coo*. La sílaba que termina los nombres de estos tres lugares es, como se ve, la misma. Ella significa en chino que se hallan próximos á la embocadura del rio, y las sílabas precedentes indican que el primero está al Este, el segundo á Oeste y el último de una estension considerable.

Una gran parte de las casas de estos pueblos, así como los que se encuentran diseminados en gran número á orillas del rio, tienen las paredes de barro y los techos de ramaje. Hay algunas que son vastas, elevadas, pintadas, adornadas, y parecen ser la morada de la riqueza. Pero nada se ve que indique un mediano aseo, ni esas gradaciones multiplicadas que se ven desde luego en la opulencia y la pobreza.

Entre las personas que se hallaban á lo largo de la ribera, se veían algunas mujeres tan ligeras como si sus pies no estuviesen mutilados. Es verdad que se dice que en las provincias del Norte, esta costumbre es hoy dia menos rigurosamente observada que en otro tiempo entre las personas de la última clase. Estas mujeres llevan todos sus cabellos, que son casi universalmente negros, grandes, bien trenzados y sujetos con una gran aguja en lo alto de la cabeza. Los niños van casi todos desnudos; los hombres son robustos, bien formados y tienen buenas fisonomias. Puede ser tambien que cuando los ingleses los vieron, la curiosidad les diese un aire mas animado que de costumbre y se hallaban reunidos en tan gran número que se podria esclamar con el poeta:

« ¡Cuántos seres interesantes están aquí reunidos! »

La embajada sube el rio Pei-Ho para pasar á la capital de la China.—Las embarcaciones dejan el golfo de *Pé-Ché-Sée*.

Si ha sido difícil y peligroso para los extranjeros sin proteccion el viajar por el interior de la China, los que entran en este momento, defendidos por el soberano, en nombre del cual venían y animados por aquel á quien se habian presentado no tenían nada que temer por su seguridad personal. El pueblo chino tuvo muy pocas ocasiones para mezclarse frecuentemente con los extranjeros para familiarizarse con ellos, y en su consecuencia no hacerse á sus costumbres y á su exterior. Sin embargo, la gran civilizacion que se sabe hay establecida en la China en todas las clases de la sociedad, y la mano de autoridad, pronta á retener á los individuos dispuestos á causar desorden, si por casualidad hubiesen causado, no permiten á los ingleses el tener la menor inquietud.

Su pequeña flota, compuesta de briks ingleses y juncos chinos, navega unida por la primera vez; llegó á *Ta-Coo* en la noche del 5 de agosto de 1793. Esta ciudad está, como ya lo hemos dicho al fin del capítulo precedente situada cerca de *Pei-Ho*, es decir, de la costa *Blanche*, y el primer sitio un poco notable de las fronteras

nord-este de la China. La embajada encontró allí un número considerable de yachts ó grandes vergas cubiertas y botes propios para llevar mucho peso contruidos de manera que pudieran pasar por los escollos del *Pei-Ho*.

Todas estas embarcaciones estaban destinadas á conducir á la embajada hasta el punto en que cesase de subir el rio, pasándose á la capital del Imperio.

El embajador subió al punto al yacht preparado para su recepcion. Parecía un poco á aquellos con los cuales se viaja por los canales en Inglaterra y Holanda. Pero como estaba destinado á hacer mayor viaje que estos últimos, se le habia construido mas espacioso y mas cómodo, y se le habia adornado tambien mejor.

El departamento de su excelencia ocupaba la mayor parte de esta embarcacion: consistia en una antecámara, un salon, con un sofá cuadrado tales como se ven en casi todas las casas de los primeros mandarines y en los cuales hacen colocar grandes almohadones donde se sientan para dar audiencia. Una especie de corredor que salia cerca de dos pies por fuera del yacht y se estendia de la popa á la proa, servía á los criados y tripulacion sin que tuvieran necesidad de atravesar los cuartos; allí era tambien donde permanecían los marineros cuando se veían precisados á servirse de las perchas para mover el yacht detenido por algun banco de arena ó por el fango. La tripulacion tenia una pequeña cámara al lado de la popa, y en un rincon se ve un pequeño altar con un ídolo, alrededor del cual queman constantemente mechas perfumadas. En seguida del yacht habia muchas chalupas que llevaban provisiones y los cocineros para que estuviese bien servida la mesa del embajador, sin que hubiera necesidad de pasar á tierra, ó el detenerse cuando el viento y marea eran favorables.

Otros diez y seis yachts, de los que muchos de ellos eran mayores que el de lord Macartney, porque tenían que conducir muchos pasajeros, fueron empleados en llevar el resto de la embajada. Los yachts mayores tenían ochenta piés de largo y eran muy altos sobre el agua; sin embargo se les veía contruidos de una madera muy ligera y de tal manera que no hacían mas de diez y ocho pulgadas de agua.

Las cámaras eran elevadas y bien ventiladas; á pesar de tener por encima de ellas toldillas donde dormían los de la tripulacion, y por abajo separaciones donde se encerraban todas las cosas necesarias para la embarcacion.

El adorno que distinguía principalmente de los demás el yacht del embajador, consistía en grandes cristales cuadrados que tenía en las ventanas, mientras los demás llevaban una clase de papel fabricado especialmente en la *Córcega*. En la composicion de este papel entra una sustancia untuosa, que le hace de mas duracion cuando se le espone al aire, y la lluvia y la humedad le afectan infinitamente menos que el que se hace en Europa. El uso general del cristal en los yachts cuando se trata de adornarlos, da desde luego la idea de que en la China el cristal es apreciado y poco abundante.

Se le destinó para acompañar al embajador cuando estuvo en tierra, una guardia numerosa de soldados chinos; pero no pudo distribuirse sino una parte de ella á bordo de los yachts.



Reconocimiento de un edificio que está ya desplomándose.

Quando bajaba un europeo á la playa, la presencia de un soldado anunciaba la proteccion inmediata del gobierno. Quizás tambien serviria para poder, en caso necesario, contener algun desman.

Además de los yachts en que iban embarcados los pasajeros, habia igual número de canoas de transporte para los regalos y equipajes. Los chinos no faltaron ni á la actividad ni á la atencion, al quitar los objetos embarcados en los Juncos de mar para ponerlos en lo que puede llamarse propiamente gabarras de rio.

(Se continuará).

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

El 23 del pasado, á las cuatro de la mañana, uno de los cañones de la Alcazaba, en Tetuan, dió la señal de levantar el campamento y ponerse en marcha el ejército, que lo efectuó á las cinco y media de la misma mañana. El dia habia amanecido con una niebla densa que empezó á disiparse á eso de las siete, quedando despues como un dia de estio. A una legua de camino nuestras guerrillas rompieron el fuego con las del enemigo, que apareció por el lado derecho de nuestro ejército. El general en jefe, despues de haber reconocido el campo en toda su estension, dió las

disposiciones necesarias para el combate, que muy pronto se generalizó en una estension de unas cinco leguas, pues el enemigo presentaba unas fuerzas superiores á las que hasta este dia habian entrado en combate por su parte, porque se calcula que ascenderian á unos 40,000 hombres, muy bien dirigidos, y dispuestos á combatir con un arrojo increíble.

El enemigo presentó la accion por el lado derecho de nuestro ejército, estando posesionado de formidables posiciones: á poco de haber empezado el combate, se observaron fuerzas enemigas que se corrian por el frente y la izquierda, con el fin de formar una media luna para interponerse entre nuestras tropas y la poblacion. Su grande ataque fué hácia la derecha; pero su deseo quedó frustrado, porque se encontraron con la division del general Rios, que, con arreglo á las instrucciones del general en jefe, habia tomado aquella direccion al salir de Tetuan. Viendo fallida entonces su esperanza, el enemigo se corrió á la izquierda, donde el combate fué sangriento y encarnizado, porque el enemigo defendió sus posiciones con temeridad y arrojo. Las kabilas que venian resueltas á vencer ó morir, se hallaban hábilmente mandadas y sostenidas además por todo el ejército enemigo.

La division Rios, que habia recibido la órden de apoderarse de algunas alturas, lo hizo así con extraordinario valor. Hallándose ya en ellas el

general Rios descubrió el campamento enemigo por lo que adelantó sus tropas en la misma direccion; pero los moros que estaban muy bien dirigidos, se corrieron rápidamente por uno de los flancos, donde lo escabroso del terreno les permitia ocultarse, y rodeando la posicion, cortaron por el pronto á nuestras tropas. El general Rios dió en aquella dificil situacion grandes pruebas de valor y serenidad: su division formó el cuadro, y se sostuvo admirablemente sin perder un palmo de terreno, á pesar del rudo y continuado ataque que estuvo sufriendo; pero era preciso un esfuerzo supremo para libertarse de una situacion tan dificil. El general Prim, comprendiendo el peligro en que se hallaba, dió con todo su cuerpo de ejército una impetuosa carga á la bayoneta, destrozando completamente al enemigo y haciéndole retroceder con asombro y espanto; las demás divisiones le siguieron, y entonces se vió el asombroso espectáculo de veinte mil soldados de nuestro ejército, que despreciando el horroroso fuego del enemigo, se lanzaron sobre él, atacándole á la bayoneta, desalojándole de sus formidables posiciones y haciendo en él una espantosa carniceria.

Esta accion terrible ha sido la mayor que se ha dado desde que empezó la guerra: nuestra linea de batalla ocupaba una estension inmensa, y lo mas récio del combate fué en un desfiladero angosto donde nose desperdiciaba ni un solo tiro.

DE LA GUERRA EN AFRICA

por

EL GENERAL YUSUF

(Conclusion.— Véase el núm. 67.)



Edificio de la calle de la Montera apuntalado.



Hubo posiciones que fueron abandonadas tres veces y otras tantas recobradas á la bayoneta. Ha sido la primera vez en que los moros han dejado de recoger sus muertos, habiendo quedado el campo sembrado de cadáveres: en general, se calculan las pérdidas del enemigo entre 3,000 y 5,000 hombres. Nuestra artillería agotó todas sus municiones, y los moros aterrados de tantos estragos como veían á su alrededor, se pronunciaron al fin en huida. Cuentan también que en una trinchera tomada por nuestras tropas, murieron dos generales marroquíes que la defendían. La división de Echagüe sufrió mucho en esta acción, particularmente en los batallones de Alcantara, Madrid y Cataluña. También los batallones de Navarra y Toledo tuvieron gran pérdida; pero se calcula que los que mas han sufrido han sido los voluntarios catalanes.

En este combate memorable, nuestro ejército ha avanzado hasta las inmediaciones del Fondak, acampando al pié de la sierra de este desfiladero, tomando á la bayoneta las formidables trincheras que tenían los enemigos, que las defendieron con desesperación, y llegando mas allá de su campamento. La retaguardia quedó á media legua de Tetuan.

La *Gaceta militar* de esta capital decía que hacia una hora que los cazadores de Tarifa y los voluntarios vascongados peleaban encarnizadamente en un valle al que habían descendido de

la montaña, cuando se vió con sorpresa á los moros cargar á la bayoneta á una parte de los vascongados; pero estos los rechazaron vigorosamente.

El día 24 se presentó al general en jefe la comisión para tratar las negociaciones de paz, como ya hemos dicho á nuestros lectores. Las correspondencias de Tetuan están conformes en decir que Muley-Abbas ha hecho grandes esfuerzos para contener y castigar á las kabilas poco dóciles, y para preparar por su parte la aceptación de la paz en las filas de su ejército y en el ánimo de las poblaciones.

Después de firmados los preliminares de la paz, el general en jefe fué presentando á Muley los generales que le acompañaban. Cuando tocó el turno al general Rios, el jefe moro preguntó al general O'Donnell si era aquel el gobernador de Tetuan. Cuando oyó la contestación afirmativa, con voz suplicante y conmovida, le rogó encarecidamente que no hiciera mas demoliciones, que respetara la ciudad santa, puesto que al fin habíamos de devolvérsela, en lo que se le prestaría un singular favor; porque mas estimaban los moros sus calles estrechas y tortuosas que las anchas y espaciosas que se estaban construyendo, y por último, porque se daría de este modo una satisfacción á los deseos, á las creencias y á las aspiraciones del pueblo musulmán.

El día 25 el general O'Donnell dió una alocu-

cion al ejército, en la que le manifestaba su satisfacción por su comportamiento, al sufrir con valor todas las penalidades, venciendo al enemigo en dos batallas y veintitres combates, hasta que este vencido ha venido á pedir la paz, aceptando condiciones honrosas para nuestra patria; y concluía diciendo que siempre recordará con noble orgullo los rasgos de valor y de heroísmo de que ha sido testigo.

La *Gaceta* publicó las bases preliminares de la paz entre España y Marruecos, de que había sido portador el general D. Enrique O'Donnell, y el despacho dirigido por el general en jefe al presidente interino del Consejo de Ministros, en el cual el primero daba parte de su conferencia con Muley-el-Abbas, diciendo así: «En la conferencia fueron sucesivamente aceptadas todas las condiciones, con la sola modificación de ser 400 millones la indemnización, en vez de ser 500.

»La insistencia con que pedía la paz, su elevada condición de califa y la dignidad con que soporta su desgraciada suerte, me movieron á rebajar á 400 millones la indemnización: no me pareció generoso para mi patria humillar mas á un enemigo, que si se reconoce vencido, dista mucho de ser despreciable. Convenimos en celebrar una suspensión de armas, á contar de este día, y nos separamos después de firmar ambos los preliminares y el armisticio que remito á V. E., originales los primeros, y en copia el se-

gundo. Hoy emprenderé y llevaré a cabo el movimiento de entrar en mi línea divisoria.»

Las bases preliminares de la paz están redactadas en los términos siguientes:

D. Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, conde de Lucena, general en jefe del ejército español en África, y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la reina de las Españas y por S. M. el rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebración del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos:

Artículo 1.º S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones hasta el barranco de Anghera.

Art. 2.º Del mismo modo S. M. el rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano, en Santa Cruz la Pequeña, el terreno suficiente para la formación de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3.º S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan en 24 de agosto del año próximo pasado de 1859.

Art. 4.º Como justa indemnización por los gastos de guerra, S. M. el rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la reina de las Españas, la suma de 20.000.000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5.º La ciudad de Tetuan con todo el territorio que formaba el antiguo Bajalato del mismo nombre, quedará en poder de S. M. la reina de las Españas, como garantía del cumplimiento de la obligación consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnización de guerra. Verificado que sea este en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6.º Se celebrará un tratado de comercio en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nación más favorecida.

Art. 7.º Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que más convenga para la protección de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

Art. 8.º S. M. el rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles como la que existe en Tánger.

Art. 9.º S. M. la reina de las Españas nombrará desde luego dos plenipotenciarios para que con otros dos que designe S. M. el rey de Marruecos, estendán las capitulaciones definitivas de paz. Dichos plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuan y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo más breve posible, que en ningún caso excederá de 30 días á contar desde el día de la fecha.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.

El convenio para el armisticio, después de decir que desde aquel día cesaría toda hostilidad entre ambos ejércitos, y estableciendo como línea divisoria de ellos el puente de Buseja, no contenía más que el siguiente párrafo: «Los infraescritos darán las órdenes más terminantes á sus respectivos ejércitos, castigando severamente á los contraventores. Muley-el-Abbas se compromete á impedir las hostilidades de las kabilas, y si en algún caso las verificasen á pesar suyo, autoriza al ejército español á castigarlas, sin que por esto se entienda que se altera la paz.»

S. M. la reina se dignó aprobar, de acuerdo con el Consejo de Ministros, tanto los preliminares de la paz como el armisticio.

El señor embajador de Francia y otros varios representantes de las Cortes extranjeras han felicitado á S. M. á consecuencia de la paz pedida por el imperio de Marruecos. También ha recibido felicitaciones de diferentes autoridades de la Península.

En Tetuan se decía que Muley pensaba venir á esta corte para conocer á nuestra reina: con este objeto se embarcaba en Tánger, viniendo después por Cádiz, Sevilla y Córdoba para volver á su patria por Granada y Málaga, deteniéndose bastante en las antiguas cortes de sus antepasados.

La noticia de la paz fué muy bien recibida en París, produciendo grande impaciencia por saber los pormenores. Los fondos españoles eran muy buscados.

El célebre general francés Yussuf, comandante de la división de Argel y que ha hecho con gloria toda la campaña de la Argelia, ha escrito una carta al general en jefe felicitándole por la toma de Tetuan y elogiando la energía con que ha sabido vencer al enemigo y hacerle reconocer la superioridad de las armas españolas, y concluía diciendo que aquella carta no tenía más objeto que manifestarle su admiración por los últimos triunfos que había alcanzado, y transmitirle sus más sinceras felicitaciones. Estos elogios tributados al general en jefe de nuestro ejército por una persona tan competente como el general Yussuf, son una prueba evidente de su indisputable mérito.

Un diario de provincias decía á fines del pasado que así que estuviera arreglada la paz, se formaría una división con los tercios vascongados, los catalanes y varios batallones de cazadores, que irían á Melilla á castigar á los rifeños y vengar las muertes que causaron al provincial de Granada en febrero del año corriente.

El general Echagüe llegó á Ceuta en los últimos días del mes pasado, acompañado de dos personajes marroquíes; llevaba catorce batallones, un escuadrón de artillería montada y muchas acémilas. El general en jefe había tomado las medidas necesarias para evitar la aglomeración de tropas en un punto, con el fin de librarlas de las malas consecuencias que podría traer esta aglomeración en la estación en que vamos á entrar.

Los plenipotenciarios nombrados por S. M. para asistir á las conferencias de paz son el general García y el Sr. Ligués y Bardaji, director de política en el ministerio de Estado.

M. A. DE EANO.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

(Conclusion.—Véase el núm. 67).

La única expedición, quiero decir ocupación que debemos hacer es la de la kabila, y debe hacerse cuanto antes sea posible; y para acabar de una vez, sin dejar la obra solamente bosquejada, se necesitan cuatro columnas de 6.000 hombres cada una. Puestas en movimiento el mismo día convergerían hácia un centro común, exigirían la sumisión inmediata y definitiva á los kabilas, siendo la primera condición la apertura de grandes caminos y la ocupación de los pueblos sometidos durante dos meses lo menos, sin contar con que desaparecería toda clase de rehenes. Este tiempo debería emplearse en llevar á efecto un desarme completo y en destruir la fábrica de armas y municiones de guerra que existen principalmente entre los Reboulas y los Beni-Abbess.

A medida que las columnas avanzasen al centro del país, con especial cuidado de no destruir pueblos, árboles ni mieses, exigirían sus jefes que los habitantes abriesen inmediatamente caminos que partiendo todos de puntos opuestos, convergerían sobre Bugia; porque esta población, aunque situada sobre el litoral, es sin embargo el centro comercial y político de la kabila. Así partirían de dicha ciudad grandes vías de comunicación que constituyesen el más grande apoyo de las conquistas. La principal de ellas se dirigiría á Argel por los valles del Djurjura, las otras se unirían á Setif, Philippeville y después á Constantina, pues careciendo la Argelia de ríos navegables, grandes agentes de toda colonización, se les debe suplir por medio de carreteras. Si está privada por la mano de Dios de los medios naturales de comunicación, es preciso que el genio del hombre les reemplace con otros artificiales, sin renunciar á ellos á pesar de su lentitud. Un país atravesado por una carretera se ve pronto cruzado de senderos y caminos que van á terminar á ella, y vienen pronto á formar una red por toda la comarca.

Estoy persuadido de que en África los agentes más activos y más útiles de la conquista serán los caminos y canales, cuando sea posible construirlos.

Por ellos perdería la guerra su fisonomía actual para asemejarse á las guerras europeas, sabiéndose por tanto dónde hay que dirigirse y por dónde se va. Nunca faltarian víveres y se encontraría agua por todas partes para las columnas que marchen por un país cultivado y cubierto de pueblos; cada paso hácia adelante produciría su resultado; se tendrían desde luego desembocaduras á Deyis, Bugia y demás puntos de la costa. Semejante empresa presentaría grandes dificultades, pues los kabilas están acostumbrados á divertirse con la pólvora. ¿Pero estarían los sacrificios recompensados por un resultado infalible? Los grandes proyectos están reservados á razas dignas de llevarlas á cabo: ¿á qué no se han atrevido los ingleses en la India? Todo lo han emprendido, obteniendo siempre lo que se propu-

sieron. ¿Qué son algunos miles de kabilas, comparados con los sikés y los afgans? Inglaterra ha querido completar y asegurar la conquista, ¿y qué resultado tan magnífico ha obtenido!

Mientras que la kabila no esté sometida, nuestra conquista es imperfecta, pues las montañas ofrecerán siempre un asilo á los fanáticos que mas de una vez intentarán sublevar el país. Los zuauas y su jefe, Sid-el-Djondi, no pueden tener en jaque nuestro poder, bloquear en cierto modo nuestras ciudades del litoral, ni hacer que nuestros mercados esten á su disposición.

En la kabila puede establecerse la verdadera colonización: solo allí la harán fácilmente los europeos, pues encontrarán patria, pueblos, bosques, campos cultivados, jardines, puntos de recreo: esa verdadera tierra de promisión puede ocuparse con menos dificultad que las llanuras donde acampaban los árabes, pobladas de palmeras enanas.

La kabila debe ser el punto donde se dirijan nuestros esfuerzos: el día que Francia quiera, encontrará un nuevo mundo, pues en realidad solo tiene que estender la mano para cogerla.

Considerando esta expedición como el elemento indispensable de nuestra conquista, creo que Francia no debe dejar la obra solo bosquejada, sin acabarla, sin obtener un resultado positivo por medio de un establecimiento que la remunere de sus sacrificios. Se necesitan 24,000 hombres, pues no bastan expediciones parciales; no se trata de exterminar tal ó cual tribu, destruir pueblos, quemar casas, ni degollar los habitantes; se trata de ocupar eficaz y útilmente la comarca mas hermosa de la Argelia, única en que pueden establecer sus hogares los europeos.

La importancia del resultado hará olvidar pronto los sacrificios. Invadido el país por nuestras columnas, ofrecerá poca resistencia; mientras que si nos contentamos con hacer una punta en tal ó cual dirección, se concentrará la resistencia, solo se obtendrá una sumisión engañosa; y desde que desaparezcan nuestras bayonetas, se nos cerrará el país como en 1844, 45 y 47: es preferible hasta renunciar á esta indispensable conquista, aplazándola indefinidamente, á empeñar una columna aislada contra un punto determinado. No admito la posibilidad de un revés; ¿pero á qué conduce gastar dinero y sangre inútilmente? La guerra sin objeto es un acto de barbarie.

Por lo demás la cuestión es muy sencilla. ¿La posesión de la kabila es una consecuencia forzosa de nuestra conquista? Todo el que conozca el Africa dirá que sí.

¿Sufriremos que á nuestras puertas, sobre el litoral, exista una población hostil, costas inhospitalarias, un refugio seguro, asilo inviolable para nuestros enemigos? Todo hombre esforzado responderá que no.

Al pedir la conquista de la kabila, hablo como hombre deseoso de que su paso no abandone el mas bello florón de la corona, y creo que después de tantos esfuerzos para estender nuestro dominio hasta el desierto, sería locura ó poco conocimiento de nuestros intereses agrícolas y comerciales el no someter á nuestras leyes la comarca mas fértil del Africa, la única que puede remunerarnos inmediatamente de una parte de nuestros sacrificios pasados y asegurarnos el porvenir.

Quando el europeo encuentre campos cultivados, bosques, viñas y todo cuanto le recuerde su patria, no faltarán brazos; el exceso de población arrastrado hácia la América, se dirigirá á nuestras playas, y dentro de pocos años verán los valles de la kabila hombres europeos que reemplazarán á sus antiguos habitantes.

La inmovilidad no es condicional en los pueblos; las kabilas seran como los indios de la América del Norte: una ley fatal, inexorable, los condena, si no á perecer violentamente, por lo menos á desaparecer como nación; se asimilarán, ó mejor dicho, se fundirán en el nuevo pueblo á cuyas leyes tengan que sujetarse.

Es la lucha del mundo viejo y nuevo: no puede caber duda. Europa invadirá otra vez el Africa; pero no será ya como lo hicieron los bárbaros.

Si no estoy en un error al decir que la conquista de la kabila es una obra civilizadora, tarde ó temprano le comprenderá, y en tal día espero que el éxito corresponderá á nuestros esfuerzos.

El país es muy hermoso para ser menospreciado: cuando lo conquistemos; cuando nuestros puertos y nuestros mercados esten cubiertos de las producciones en que abunda; cuando centenares de buques vengán á cargar las hullas á Dellis, Bugia, Philippeville; cuando la cebada y el trigo se encuentren amontonados en nuestros muelles; cuando tengamos en abundancia las maderas de construcción que tan caras compramos en el Norte; cuando tal día llegue, solo nos admiraremos de una cosa, que es el haber esperado tanto tiempo para apoderarnos de una tierra que debió ser la primera ocupada por nosotros; pues así lo indica suficientemente su posición geográfica, aun en el caso de prescindir de sus ventajas materiales.

Bien sé que la Argelia tiene enemigos sistemáticos y encarnizados, cuales son las gentes que todo lo miran bajo el punto de vista de un interés material, calculando por francos y céntimos el importe de las rentas, y diciendo: se gasta mucho en la Argelia, nada produce, las ventajas no compensan los sacrificios. A tales gentes se les contestaría con la ocupación de la kabila, y ya no podrían hablar de la aridez del desierto, de las montañas sin vegetación, de los valles en que la fiebre diezma á los europeos. La exportación de los productos respondería á todo, porque el país podría entonces no solo sostenerse, sino también suministrar á la madre patria una parte de todo lo que envía hoy al extranjero. Lo mas importante y capital es, que todo provendría del trabajo de sus hijos.

Esta obra grande por sus resultados materiales, es indispensable bajo el punto de vista político.

No dudo que la conquista de la kabila tropezaré con el inconveniente de una fuerte oposición; espero que la turba alce el grito diciendo: ¿Cómo? ¿se necesita todavía una expedición de 24,000 hombres para reducir á esos montañeses! ¡Será eterna esta guerra! ¡Dios mio! ¡Apenas hace diez años que hubo gran polvareda en la Cámara de los diputados, porque declaró el mariscal que se necesitaban 100,000 hombres para conquistar la Argelia! Sin embargo, pocos días después decidió el gobierno la ocupación completa, y el ejército de Africa fué duplicado: el resultado correspondió á tal esfuerzo.

La guerra de Africa debe ofrecer tres periodos,

dos de los cuales han trascurrido ya: el primero le marca la toma de Argel en tiempo de la antigua monarquía; durante el segundo, bajo el reinado de Luis Felipe, todo quedó dominado; el pabellón tricolor ondeó en toda la Argelia, y llegamos al tercer periodo, el de la ocupación completa; la república debe acabar la obra empezada y llevada á cabo por dos dinastías arrastradas borrascosamente, sellando obra tan grande con la conquista de la kabila.

FIN.

SECCION RELIGIOSA.

NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD.

EL ESCULTOR GASPAR BECERRA Y LA REINA DOÑA ISABEL DE LA PAZ.

1565.

Tradicion popular religiosa.

En la solemne procesion que todos los años se celebra en la tarde del Viernes Santo en Madrid, y en la que se presentan magníficas obras de escultura debidas al cincel de Alonso Cano, Berruguete y Becerra, esos grandes genios, gloria de las artes españolas, es llevada devotamente en hombros de los hermanos de la congregación de la Soledad una bellísima imagen de la Virgen, obra maestra del arte, á la que se halla unida una piadosa y popular tradicion.

Quando por efecto de la supresion de las órdenes religiosas en España, en 1837, se acordó el derribo de varios conventos, fué el primero que en aquella época de vértigo revolucionario se entregó á la piqueta y al martillo demoledor el sumptuoso templo que siglos antes la piedad de los fieles habia alzado á la portentosa imagen de la Soledad en la Carrera de San Gerónimo, en el vastísimo terreno donde hoy se ostentan las magníficas casas de Mariátegui, el desierto pasaje de Mateu y toda la calle de Espoz y Mina, con sus espléndidas tiendas de sedería y géneros de moda.

En aquel templo, una comunidad de religiosos mínimos de San Francisco de Paula tributaba día y noche continuo y piadoso culto á la madre del Redentor en el misterio de su soledad y tribulacion.

Allí acudia el religioso pueblo de Madrid á orar ante aquella imagen que habia hecho labrar una reina que, en medio del esplendor del trono, habia sentido pesar sobre su corazón la mano terrible del dolor, porque Dios también ha reservado tristeza y amargura para el corazón de los reyes.

Aquella reina era una jóven hermosa que habia venido desde Francia para casarse con un príncipe bello, alegre y en la flor de la edad, y que á su llegada tuvo que dar su mano á un rey anciano, de genio inflexible, de carácter sombrío, al tétrico Felipe II.

Aquella reina, á quien la historia y los poetas han presentado cual una agostada y marchita flor consumida por su burlado amor al príncipe D. Carlos, murió á muy poco tiempo de haber bajado al sepulcro aquel príncipe, condenado por la severa justicia de su padre, y cuyo género de muerte es aun hoy un objeto de duda para la

historia como lo fué entonces de escándalo para el mundo.

La reina Isabel de Valois quiso construir una imagen de la virgen de la Soledad, de quien era especialísima devota. Muchos y famosos artistas habia entonces en la corte del rey Felipe II, ese rey que levantó á las artes en los campos de Castilla el suntuoso monasterio del Escorial, esa octava maravilla del mundo, y la piadosa reina dudó, entre los grandes escultores de aquella época, á quien encomendar la ejecucion de la imagen de la Virgen. Su caballero mayor, D. Fadrique de Portugal, le habló con la mayor insistencia recomendando á un joven escultor que, á pesar de sus pocos años, se habia ya hecho notable y que escitaba la admiracion de la corte con una grande obra que acababa de construir, y en la que se veía un grande prodigio del arte. Esta obra, que aun pueden contemplar nuestros lectores, es el magnifico retablo del altar mayor del convento de las Descalzas Reales de Madrid.

El célebre escultor, que apenas contaba treinta y seis años de edad, era Gaspar Becerra, no menos excelente pintor y arquitecto, que habia nacido en Baeza en 1520. Oyendo los grandes progresos que Berruguete habia hecho en Roma, marchó allí muy joven todavía á estudiar los soberbios monumentos de aquella antigua metrópoli de las artes, á recorrer sus museos y recibir las lecciones de sus célebres profesores. Allí se casó con una española, Paula Velazquez, natural de Tordesillas, y habiendo adelantado prodigiosamente en las tres nobles artes, la pintura, la arquitectura y la escultura, volvió á España, donde el rey Felipe II, que sabia distinguir el mérito de los grandes artistas, le llamó ocupándole en varios trabajos en el alcázar de Madrid y en el palacio del Pardo, nombrándole su pintor en 1563. No habia nadie que le hubiese escedido en la escultura.

En el mismo año en que fué nombrado pintor de cámara, recibió el joven Becerra el encargo de la reina doña Isabel de la Paz de ejecutar la efigie de la virgen de la Soledad. Diósele habitacion en el convento de los mínimos de San Francisco de Paula, y allí el inspirado artista, retraído del mundo, empleó todo un año de meditacion y de desvelos, apurando los recursos de su arte y presentando una imagen tan peregrina, que fué el asombro de los religiosos que primeramente la vieron, la admiracion de los no inteligentes y el orgullo de los artistas que reconocian su mérito y grandeza. Fué la reina Isabel á admirar aquella escultura, obra maestra del arte, y cuando todos esperaban verla participar de la general satisfaccion y asombro, la reina no quedó contenta de aquel trabajo, quizá porque en su corazon una voz oculta y poderosa la anunciaba que aquella imagen seria venerada con el tiempo como obra en que se habia dejado ver palpablemente la intervencion de la mano divina.

Isabel de la Paz mandó á Becerra que volviese á hacer otra efigie mejor, pues, aunque aquella era magnífica al parecer de todos los inteligentes, no llegaba á la que ella habia concebido, y que creia ser un retrato digno de la reina de los ángeles, manifestándole que si no alcanzaba mas su talento y se hallaban apurados los recursos de su genio, con sentimiento suyo encargaria la realizacion de su idea á otro artífice.

Becerra, acostumbrado á ver celebrar sus obras y en cuyos oídos resonaban todavía las alabanzas de los primeros escultores de la corte de Felipe II, devoró en silencio la vergüenza de ver puesta en duda su habilidad y en comparacion su inteligencia. Hizo callar la voz de su orgullo, y respetando el juicio de la reina, se preparó á cumplir sus órdenes. Trabajó con afán en su taller, y encomendó á los religiosos de San Francisco de Paula orasen por él para que el cielo dirigiese su cincel. En breve concluyó otra efigie de la virgen de la Soledad el célebre artista. Si la primera habia escitado la admiracion, esta segunda produjo un verdadero entusiasmo en el mundo *inteligente* y artístico. Imposible parecía que tan acabada obra no llenase los deseos de la reina doña Isabel. Firme en su idea, desechando el juicio de los inteligentes, desoyendo las universales alabanzas, todavía la reina, aunque admirando la belleza de aquella nueva imagen, no la creyó digna de que representase en su convento predilecto de San Francisco de Paula á la desconsolada Madre de Jesus. Mandó por tercera vez á Gaspar Becerra labrase una nueva imagen. Atribulado, lleno de confusion, y mas por obedecer el mandato de la reina que creyendo poder ya complacerla, el infeliz artista, buscando fuerzas en lo interior de su alma y encomendándose fervorosamente al cielo, se dedicó á la difícil tarea que le habia impuesto la reina: antes de coger nuevamente el cincel pasó largas noches de insomnio meditando en su obra, consultando por el día cuantos modelos creia dignos de tenerse en cuenta. En una noche de invierno en que el sueño se agolpaba á sus cansados párpados y en que trataba de conciliar el descanso de que tanto necesitaba su abatido espíritu, resuelto en su desesperacion á abandonar la empresa, arrojó á la chimenea un tronco que aun guardaba para labrar con él su imagen y que ya creia inútil conservar despues de tantas vanas tentativas. Durante su sueño, es piadosa tradicion, que una sombra, representando á la Madre del Salvador en los momentos de su terrible afliccion y soledad, cruzó por delante de sus ojos y resonaron en sus oídos estas palabras:—*Despierta, levántate, y en ese grueso tronco que arde en el fuego, esculpe tu idea y conseguirás sacar la imagen que desea la reina*. Despertó sobresaltado el acongojado artista, y considerando aquel sueño como un aviso del cielo, sintió renacer la confianza en su pecho y arder la inspiracion en su mente. Lleno de fé, sacó el leño de las brasas, y sin aguardar al día siguiente comenzó en aquella misma noche á labrar la efigie cuyo milagroso original creia haber visto en una misteriosa aparicion durante su sueño. La fé religiosa y el genio del escultor convirtieron aquel tronco medio quemado en una obra tan estupenda del arte, en una imagen tan bella, que al verla la reina doña Isabel, quedó contenta y admirada, espresando su satisfaccion por ver fielmente traducida su idea por el célebre artista. Recompensóle generosamente, y regaló la imagen al convento de San Francisco de Paula en el año de 1565.

Cinco años mas tarde, en 1570, el célebre artista Gaspar Becerra moria en Madrid, y la comunidad de religiosos mínimos de San Francisco de Paula ofrecia siete piés de tierra para que se sepultara al pié de la capilla de Nuestra Señora de

la Soledad al célebre artista que habia labrado tan portentosa imagen. Hoy ha desaparecido el convento de San Francisco de Paula, donde se han perdido los restos del grande artista, que dejó muchos y dignos discípulos, y bellisimas obras que le hacen inmortal, particularmente en Castilla, Zaragoza y Granada.

La imagen de Nuestra Señora de la Soledad, despues de haber sido demolido su convento, ha encontrado un modesto asilo en una capilla de San Isidro el Real de Madrid, pero tan reducida y oscura, que si bien basta para satisfacer á la religiosa piedad de los que van á implorar la proteccion divina, priva á los inteligentes y amantes de las bellas artes de contemplar bien uno de los mas bellos objetos de la escultura cristiana de que puede envanecerse nuestra España.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

ARTICULO PRIMERO.

INFLAMACION DE LAS MINAS POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD.

Verdaderamente que el siglo actual, llamado con razon, siglo de las luces, es digno de este nombre por el gran paso que la humanidad ha dado en la senda del progreso y de la civilizacion.

Volvamos por un instante la vista á lo pasado envuelto entre las sombras de la ignorancia, y no podremos menos de contemplar con admiracion y respeto el creciente desarrollo que de algun tiempo á esta parte han tomado las ciencias y las letras, las artes y las industrias.

La primera mitad del siglo presente quedará impresa en la historia de las naciones cultas, porque el genio del hombre no ha aparecido nunca con tanto brillo y esplendor, á pesar de los bélicos combates que ha tenido que sostener, ora defendiendo su independencia, ora sacudiendo el yugo de los enemigos de toda idea grande y civilizadora.

El vapor y la electricidad, aplicados á diferentes usos, se han ido perfeccionando de día en día, hasta el extremo de colocarse en el último grado de su desarrollo.

Deseando proporcionar á nuestros lectores, no una, sino muchas pruebas de cuanto dejamos espuesto, hemos conseguido recopilar, á fuerza de trabajo, una serie de artículos científicos, artísticos é industriales, que al par que de recreo, puedan servir al mismo tiempo de útil enseñanza á los que hoy día se dedican al fomento de las ciencias y las artes.

Sentado esto, comenzaremos por uno de los principales adelantos: *La electricidad aplicada á volar las minas y túneles*.

Siempre fué el arte de la guerra el primero en sacar partido de los descubrimientos científicos. Partiendo de este principio, no podia menos de aprovechar los efectos de la electricidad en beneficio del ejército, y hé aquí por qué el *telégrafo eléctrico* estuvo muy en uso durante la guerra de Crimea.

Ya que por incidencia hemos citado el telégrafo

eléctrico, no pasaremos adelante sin reseñar sus propiedades, aunque solo sea ligeramente.

El hilo conductor de los telégrafos de campaña está cubierto con una funda de gutta-percha, á fin de colocarlo en el suelo entre las dos estaciones telegráficas. Si el terreno lo permite puede tambien fijarse dicho hilo en unos palos que terminen en punta por su parte inferior. El aparato que sirve para formar las señales, llamado técnicamente *recibidor*, suele variar, usándose en unas partes el aparato sencillo de una aguja, que hoy se emplea en Inglaterra, ó el de Morse, que imprime las comunicaciones con caracteres permanentes.

El bearnés Mr. Hipp, que goza en los Estados Helvéticos de una reputacion merecida, ha inventado un *telégrafo eléctrico militar*, que reúne todas las condiciones apetecibles en un instrumento de esta clase, tanto por no carecer de requisito alguno, cuanto por lo cómodamente que puede trasportarse, pues su poco volumen permite encerrarlo en un estuche, inclusa la pila de Volta.

El *recibidor y manipulador* pertenecen al sistema Morse cuyo aparato tiene la ventaja de que en caso necesario, puede conservarse el texto de la comunicacion y justificar su autenticidad.

Cuantas comisiones científicas de Suiza han examinado el aparato de Mr. Hipp, han elogiado y reconocido sus buenas propiedades habiéndose adoptado hoy dia en casi todas las naciones.

Pero de todos los adelantos de la electricidad ninguno es tan útil, tan manifiesto, como el que sirve para volar las minas y abrir los túneles á distancias fabulosas.

Muchos años hace que la corriente eléctrica está siendo objeto de profundos estudios, hasta que al fin, tanto en España como en Francia é Inglaterra, se han hecho con el mejor éxito repetidos ensayos, empleándose como medio destructor en la toma de Sebastopol, y como agente salvador por los defensores de la memorable Torre-Malakoff.

Cuando los ejércitos aliados se apoderaron del fuerte Redan, un cabo de zapadores que iba explorando las galerías subterráneas, tropezó con un cable bastante grueso, que dividido de un hachazo resultó ser un hilo metálico forrado de gutapercha. El extremo de este hilo penetraba en un gran depósito de pólvora bajo los cimientos del fuerte, y el terror se pintó en todos los semblantes al pensar en el peligro de que milagrosamente habian escapado. El otro extremo atravesaba la ciudad, y cruzando el mar salia á la costa, desde donde debia partir la chispa eléctrica destinada á volar el fuerte.

No bien el hacha del zapador acababa de cortar el hilo cuando los cimientos de Sebastopol saltaban en pedazos, esparciendo en torno suyo el espanto y la desolacion.

Una casualidad semejante salvó de igual suerte á las fortificaciones de la Torre-Malakoff.

Los rusos habian colocado un hilo eléctrico entre el interior de la ciudad y el depósito de pólvora de la Torre, que contenia infinidad de municiones. Afortunadamente visto el hilo por un ingeniero mandó cortarlo á tiempo. Sin esta feliz idea, los rusos, por medio de la pila de Volta, unida al hilo eléctrico y colocada en una pieza del cuartel Karabelnaia, hubiesen incendiado

el polvorin produciendo una explosion que hubiera introducido en las filas la muerte y el espanto.

Pero no es únicamente en la guerra donde se ha empleado este adelanto, usándose tambien en la construccion de minas, puertos, dársenas, y mas que nada en la explotacion de vias férreas.

Tanto en unos casos como en otros, conviene, sobre todo, preservar la vida de los operarios que se dedican á esta clase de trabajos, y por esta razon citaremos los medios empleados con el objeto de disminuir los peligros de tan arriesgada operacion, antes de que se conociese la electricidad como principal motor para verificar las explosiones.

Entre los diferentes medios puestos en práctica para volar las minas, el mas usual consiste en colocar un saco de pólvora en el paraje que se pretende destruir; pero este procedimiento tiene el inconveniente de que, como aquella sustancia arroja gases tan fuertes, no puede penetrarse en la galeria durante muchas horas sin peligro de morir asfixiado.

Para causar la explosion se empleó primeramente la mecha y despues las llaves inglesas usadas en los fusiles. El golpe producido por estas sobre la chimenea, rompía el piston é incendiaba la pólvora, valiéndose de un alambre para verificar la operacion.

Semejante sistema dió margen á muchas desgracias, y hé aqui por qué los hombres científicos se han ocupado largo tiempo en inventar un nuevo sistema de voladuras, tan pronto y seguro como exento de todo peligro.

Apenas se conocieron las propiedades del fluido eléctrico, no hubo un solo químico que dejase de concebir la idea de aplicarle á volar las minas, siendo el primero el célebre Franklin.

Este sábio, que fué uno de los mejores químicos de su época y que logró inmortalizarse con su *Teoria general de los fenómenos eléctricos*, el *Análisis fisico de los fenómenos desconocidos*, la botella de Leyden, y finalmente el para-rayos, debió la mayor parte de sus triunfos al deseo que constantemente le atormentaba de aplicar las conquistas científicas á los usos de la vida.

Todos los descubrimientos le parecian pobres y mezquinos cuando no podia consagrarlos directamente á las necesidades sociales.

Bajo este punto de vista nada podia satisfacer tanto sus generosos deseos como la electricidad.

Como hasta ahora nadie se ha cuidado de manifestar á quien se debe la invencion de inflamar la pólvora por medio de la electricidad, citaremos las mismas palabras de Franklin, impresas en sus cartas sobre la electricidad, publicadas en junio de 1751.

« Como no tengo noticia de que en Europa se haya pretendido inflamar el cebo de los cañones por medio de la electricidad, voy á manifestar como se hace. Primeramente se llena un cartucho de pólvora seca y bien molida, despues se introducen en él dos hilos de alambre, uno á cada extremo, cuidando que las dos puntas esten separadas entre sí medio dedo, y verificada esta operacion, se coloca el cartucho en el centro de la bateria. Al hacer la descarga eléctrica, por medio de la *máquina eléctrica* (1), recorre el fluido

(1) Entonces no se conocia aun la pila de Volta.

los dos alambres, inflama la pólvora y comunica la explosion á los cañones.»

Y en efecto, si se cubre de pólvora un hilo metálico y se pone en contacto la chispa eléctrica, produce esta la inflamacion á una distancia increíble.

Como se ve en el breve y confuso párrafo que antecede, sentó Franklin el principio de emplear la electricidad como agente inflamable. Decimos confuso, porque si bien es cierto que enseña manifiestamente la invencion, no fija determinada-mente ni el número de cañones que pueden jugar, ni si han de introducirse en los oidos los alambres conductores, aunque suponemos que sea así.

En tiempo de Franklin no se conocia otro aparato que la máquina eléctrica, la cual, como es sabido, además de ser muy poco manuable, funciona con dificultad cuando el tiempo está húmedo, y hé aqui por qué no pudo generalizarse tan útil invento.

Llegó el siglo xix, y como si el genio del hombre quisiera inaugurar con una invencion sorprendente la nueva era de la humanidad, inspiró á Volta en 1800 la útil idea de inventar la pila que lleva su nombre y aplicarla en seguida á las operaciones militares.

Cuando una corriente de esta pila recorre el hilo metálico, no se observa ningun fenómeno notable, conservando constantemente la misma temperatura, siempre que tenga un espesor regular. Pero si se reduce el hilo á un tamaño mas delgado; si su diámetro no está en relacion con la intensidad de la corriente que le recorre, produce esta en la temperatura del hilo una elevacion considerable hasta enrojecerlo y aun á veces fundirlo.

Por este medio se ejecuta en las cátedras de fisica y laboratorios químicos el interesante experimento de fundir los metales mas refractarios, como la platina, el acero y otros.

Despues de lo dicho se comprenderá perfectamente que, colocado un extremo del alambre en la pila de Volta y el otro en el depósito de pólvora, es inevitable la explosion tan pronto como el aparato comunica la chispa eléctrica de uno á otro punto.

Desde que se inventó la pila del Volta, idearon los químicos aplicarla á los usos y estrategias de la guerra, siendo el primero en iniciar el pensamiento Mr. Gillot, en su *Tratado de la guerra subterránea*, que publicó el año de 1805, y cuya idea fué echada en olvido por algun tiempo.

Vino el año de 1832, y entonces empezaron á hacerse en Francia algunos experimentos, siendo el primer experimentador el teniente de ingenieros Mr. Fabian; pero tampoco pudo obtener un resultado favorable en la práctica por interrumpirse á cada momento la corriente eléctrica y perderse en el suelo, á causa de estar enteramente descubierto el hilo conductor.

(Se continuará).

CRÓNICA ESTRANJERA.

De Milan escriben que la órden dada á las tropas francesas de suspender su regreso á Francia, es á consecuencia de haberse sabido que las napolitanas se dirigian á los Estados pontificios.

Deciase en Viena que se han recibido en dicha

corte repetidos avisos de la llegada a Venecia de algunos piamonteses, que llevan el encargo de escitar a ciertas personas importantes a fin de que el Veneto pida la anexión a la Cerdeña. No se decía, sin embargo, de dónde emanaba el encargo, ni las esperanzas de éxito con que podía contarse; pero lo que parece positivo, es que el emperador Francisco José se prepara, creyendo que la paz no es duradera. En la misma espresada corte corría muy válida la voz de que el Austria está perfectamente de acuerdo con la Prusia.

Farini ha sido nombrado ministro del Interior, en el Piamonte. Benedetti ha llegado a Turin con una comisión del gobierno francés. El príncipe de Carignan irá a Florencia con el carácter de lugar-teniente de Víctor Manuel, y Ricassoli será nombrado gobernador interino de la Toscana.

Dice el *Corriere Mercantile* que en Atri y los Abruzzos ha habido una demostración, y que se tremolaban banderas sobre las cuales se leía: ¡Viva Víctor Manuel! Pianelli había mandado a un escuadrón de lanceros marchar sobre Atri; pero dió en seguida contraórden, a consecuencia de haber comprimido el movimiento la policía y la gendarmería. Noventa de los comprometidos en él han pasado la frontera. Dicese que el rey de Nápoles ha aceptado el vicariato que le ha sido ofrecido por el papa, y que sus tropas entrarán en campaña.

La *Opinione* dice, por su parte, que las negociaciones entre el gobierno de Nápoles y la corte de Roma, terminarán en breve con un tratado por el cual el rey de las Dos-Sicilias se obligará a ocupar, por medio de sus tropas, a Roma, las Marcas y la Umbria, a una simple petición del papa. Si, en efecto, se ha celebrado esta convención, no es difícil que las tropas francesas dejen a Roma. Es dudoso, sin embargo, que el rey de Nápoles, en presencia de la actitud amenazadora de algunas de sus provincias, se atreva a comprometerse a enviar una parte de su ejército fuera del territorio napolitano.

Víctor Manuel ha dirigido un manifiesto a los pueblos de la Italia Central, encareciéndoles la necesidad de que perseveren en sus sacrificios y sus deseos de afianzar en los italianos la unanimidad de sentimientos, a fin de contrarrestar la mala fortuna y preparar la buena.

El *Pais* asegura que el enviado suizo M. Dufour se ha retirado muy satisfecho de su entrevista con Luis Napoleón.

Se desmiente la noticia relativa a que la Prusia piensa enviar un ejército de observación al Rin.

Los cañones rayados adquiridos por la Cerdeña en Inglaterra son 60, y los caballos comprados en Francia ascienden a 5,000. Trátase ahora de aplicar la ley que moviliza una parte de la Milicia nacional, dándole carabinas rayadas. El resultado de todo esto será un nuevo empréstito de 100 millones de francos, que será preciso pedir al parlamento en su próxima reunión.

El rey de Nápoles ha vuelto de Gaeta. No se creía ya que las tropas napolitanas vayan a ocupar a Roma. El general francés Lamoriciere había salido de Nápoles para la capital del orbe católico, y se aseguraba que iba a tomar el mando del ejército pontificio.

Satisfechos al fin Kinglake y Normamby con las esplicaciones dadas por Russell en la cámara,

han aplazado sus proposiciones relativas a la anexión de la Saboya.

El gobierno austriaco acaba de formular una protesta que ha enviado a Turin, por conducto de la legación de Prusia, contra los decretos de anexión; los tratados de 1815 y 1823, los preliminares de Villafranca y el tratado de Zurich, son el principal fundamento de la protesta. Otra análoga debía enviarse inmediatamente a París y Madrid.

El periódico oficial de Turin ha publicado un decreto relativo a la administración de la Toscana. El príncipe Carignan, lugar-teniente del rey, ha sido investido de las más amplias facultades, inclusa la del derecho de gracia. El centro administrativo será Florencia, y Ricassoli será nombrado gobernador general. El ministerio de la Emilia ha dejado de funcionar. El ejército de esta provincia y el de Toscana serán incorporados al ejército sardo. Nigra ha sido ascendido a representante en París. La escuadra, con tropas sardas, ha salido de Génova para Toscana.

Al entrar en la capital de la Saboya los franceses que vuelven de Italia, han sido recibidos con el mayor entusiasmo.

Mister Horman, interpellando en la Cámara al gobierno a propósito de la cuestión de la Saboya, que tanto atormenta a los políticos británicos, dijo literalmente que Luis Napoleón había engañado a los ministros ingleses.

Parece que en Roma se ha desistido de la escomunion contra Víctor Manuel, y que todo se reducirá a una protesta diplomática. Esto no obstante, un Breve publicado el 29 del pasado en Roma, lanza escomunion mayor y demás penas eclesiásticas contra los autores, promovedores, coadjutores, consejeros y secuaces de la rebelión, usurpación e invasión de los Estados de la Iglesia. El gobierno romano ha enviado además una protesta al cuerpo diplomático, contra la segregación de las Legaciones.

Continúa reinando una gran fermentación en la Sicilia, y siguen cometiéndose en dicha isla nuevos asesinatos de agentes de la autoridad.

El Austria ha notificado a la Dieta germánica la protesta que ha presentado contra la anexión de los Ducados italianos.

En Londres, a pesar de todo esto, no se creía en la posibilidad de una guerra. Varios periódicos ingleses creen que en dicha capital se reunirá el tantas veces anunciado Congreso europeo. Peel había anunciado que llamaría la atención de la Cámara respecto de la situación en que la anexión de la Saboya ha colocado a la Suiza.

Vuelven a reproducirse los ataques de algunos periódicos ingleses, entre ellos el *Daily-News* y el *Times*, contra la Francia y su emperador. El *Times* ha llegado hasta decir que la Francia ha perdido para la Inglaterra el carácter de una aliada fiel y generosa, y que, respecto del emperador, había comprendido hasta ahora sus palabras en un sentido recto, pero que en adelante las comprenderá con arreglo a la experiencia de lo pasado.

Habiendo deliberado el Senado francés sobre las cuarenta y dos esposiciones que pedían su intervención en favor del poder temporal del papa, hablaron todos los cardenales en pró de las peticiones, que no obstante, solo fueron apoyadas por 16 votos contra 116. La fórmula adoptada fué

la propuesta por la comisión, de que se pasase la orden del día. La comisión reconocía el derecho del poder temporal del papa, y consideraba la pérdida de las Legaciones como un hecho sujeto a las vicisitudes de los tiempos, y que se había verificado varias veces.

El príncipe Carignan ha sido muy bien recibido en Liorna, y en Florencia se hacían grandes preparativos para solemnizar su entrada en dicha ciudad.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

— Para el mejor acierto en las cuestiones de deslindes de montes, se ha resuelto de real órden que en todos los casos en que se haya de hacer deslinde de cualquier monte público, ya pertenezca al Estado, ya a los pueblos ó corporaciones ó establecimientos de cualquier clase, se observen las disposiciones del real decreto de 1.º de abril de 1846.

El gobernador de la provincia dictará siempre providencia aprobando ó desaprobando las diligencias de deslinde.

Si surgieren cuestiones de propiedad, se reservará su conocimiento a los juzgados de primera instancia en la forma y tiempo que establece el artículo 13 del espresado real decreto.

— De real órden se ha dispuesto que desde el día 1.º del mes de abril se espanda al público el kilogramo de pólvora denominada de minas a respecto de 10 rs. uno, en vez de 12 a que se vendía antes.

— En virtud de la autorización concedida por la ley de 5 de junio de 1859, se han emitido hasta el 31 de diciembre del mismo, 23,229 acciones del canal de Isabel II, en esta forma: en la subasta de 20 de julio de dicho año, 15,458; en la de 2 de diciembre de idem, 7,771.

— Se ha autorizado a D. José María Amor para verificar en el término de un año, y con arreglo a la ley, los estudios de un ferro-carril que, partiendo de Córdoba, termine en Utrera.

— Se hallan terminadas las obras de esplanación de la carretera de Rioseco a Villafrechos, y se procede con mucha actividad en los trabajos de afirmado, construcción de puentes y alcantarillas.

— Se ha mandado que se proceda desde luego a plantear el servicio del correo diario a los establecimientos de baños y aguas minerales durante la temporada del presente año.

— Ha sido autorizado D. José González Longoria, representante de D. Juan José Chauviteau y compañía, para aprovechar las aguas del río Quiros como fuerza motriz de una fábrica de fundición de hierro que intenta establecer en el concejo de aquel nombre y a las inmediaciones de los molinos llamados de Torales, en la provincia de Oviedo.

— D. Ramon Gros Poblá y Ribot, vecino de Sabadell, ha obtenido una próroga de seis meses para ejecutar las obras de aprovechamiento de aguas del río Ripoll, para que fué autorizado por real órden de 11 de marzo del año último, sin perjuicio de lo que se resuelva sobre la reclamación interpuesta por D. Eusebio de Olcina y Torres contra la referida autorización.

—Parece que se han hecho diferentes reclamaciones, que han sido desatendidas, para saber la situación en que se halla el espediente general incoado en el ministerio de Estado por los caballeros comendadores de la orden de Carlos III, sobre indemnización de atrasos devengados por sus pensiones.

—Se han dictado las oportunas reglas para que los aparatos conocidos con el nombre de contadores de gas, llenen mas perfectamente el objeto para que han sido dispuestos. Las condiciones mas importantes que acaban de dictarse son: que todo sistema de contadores que se ofrezca al público se sujetará previamente á la aprobación del gobierno; que la exactitud de estos instrumentos será garantida por la correspondiente marca que imprimirá en ellos el verificador respectivo, cuyo cargo será de real nombramiento y recaerá en un ingeniero industrial, profesor de ciencias físico-químicas ó matemáticas, ó licenciado, ó en su defecto en un perito; que los verificadores recibirán, en el concepto de honorarios, 50 rs. por el reconocimiento del gasómetro y demas aparatos á que se refiere el art. 5.º, y medio real por mechero en cada contador ordinario que examine; pero sin que el total de los derechos devengados en una sesión de tres horas, pueda exceder de otros 50 rs. ni bajar de 10.

El pago se hará por el dueño del establecimiento, y que los establecimientos actuales pedirán la aprobación del sistema á que pertenecen sus contadores antes del 1.º de mayo. La resolución recaerá con anterioridad al 1.º de junio, y antes del 15 del propio mes se hallarán marcados los instrumentos de comprobación.

—Por la dirección general de Rentas Estancadas se ha sacado á pública contrata la adquisición de 300,000 quintales castellanos de tabaco en hoja de los Estados-Unidos, así como el mayor número de quintales que sobre aquel pida la Hacienda hasta un máximo de 60,000 en los años de 1861, 1862 y 1863.

El tabaco será de Kentucky y Virginia, excluido el de las clases conocidas en Nueva Orleans con los nombres Factory-Lugs, Planters-Lugs y Leaf inferior lo consón.

La subasta se verificará el día 14 de julio del corriente año en la dirección general de Rentas Estancadas, con arreglo al pliego de condiciones que ha publicado la *Gaceta*.

Rómulo.

CRÍTICA TEATRAL

TEATRO DEL PRINCIPE. —QUE CONVIDO AL CORONEL, pieza en un acto traducida del francés.

—TEATRO REAL. —ULTIMO CONCIERTO SACRO.

—LE TRE NOZZE, opera bufa en tres actos, música del maestro Alari.

Una pieza mas en nuestro repertorio dramático, y traducida del francés por añadidura, es la única novedad que hoy podemos dejar aquí consignada. No hemos tenido ocasión de verla, porque solo se hizo dos noches; pero á falta de juicio propio, trasladaremos aquí las pocas líneas que al ocuparse de ella le consagra un periódico.

El título de esta pieza, dice, es una amenaza

de que se vale cierta joven esposa para ejercer un pleno dominio sobre su víctima (léase marido), que despues de varias tonterías, acaba por hacer algo bueno proclamándose independiente.

Hay en el diálogo tal cual chiste oportuno é ingenioso; pero hay uno que queriendo ser chiste, es una insolencia.

El Sr. Carralon pone en boca de uno de los personajes de su arreglo, una alusion dura, tan injustificada como inconveniente, contra el escritor Sr. Ayguals de Izco.

En las obras escénicas no deben tener lugar esas alusiones á personas cuya familia puede presenciarse, sintiendo vergüenza é indignación allí donde iban á encontrar instrucción y recreo.

El señor fiscal, que en esto estará conforme con nosotros, debería tener sumo cuidado en no dejar pasar semejantes chistes.

En cuanto á la pieza, vista desde cerca, no pasa de ser una trivialidad con algunos chistes oportunos, segun hemos ya dicho.

Los demas teatros han permanecido cerrados sin dar señales de vida.

El Régio coliseo ha dado el sexto y último concierto, que ha sido, con corta diferencia, una reproducción de los anteriores. En él han sido aplaudidos el célebre Mario, la Grissi y la Trebelli.

Tambien se ha puesto en escena en este teatro la ópera bufa en tres actos, *Le tre Nozze*, música del maestro Alari, parecida mas bien á una ópera cómica, y poco digna en verdad, por lo trivial de su argumento, de haberse estrenado en la escena del Régio coliseo. La música, sin embargo, es ligera y agradable, y tiene piezas de excelente efecto que fueron muy aplaudidas, entre otras un duo de tenor y tiple, que mereció los honores de la repetición. En la ejecución se distinguieron la Fioretti y Róvere, únicos que tenían papeles de alguna importancia.

Con el último concierto ha terminado por este año sus compromisos la compañía del teatro Real. El público ha hecho á su artista predilecto, el tenor Mario, una despedida digna de la reputación de este gran cantante, que obtuvo en la última noche uno de sus mayores y mas legítimos triunfos. Al presentarse en escena á cantar el aria de *Stradella*, fué recibido con atronadores aplausos. Despues de terminada esta cayeron á sus pies tres coronas lindísimas, que fueron arrojadas desde los palcos de la señora duquesa de Alba, de Fernan-Nuñez y de otro que en este momento no recordamos. Verdad es que el gran artista estuvo como nunca inspirado al repetir el aria entre los atronadores bravos y aplausos de la brillante y numerosa concurrencia que llenaba las localidades.

En uno de nuestros números anteriores dijimos que el eminente actor D. Julian Romea habia elevado al gobierno una esposición solicitando la subvención y prometiendo hacer todo lo posible por volver al teatro su perdido prestigio. Ahora bien, la Academia de Ciencias morales y políticas, que habia sido consultada por el gobierno acerca de si seria conveniente para el engrandecimiento del arte dramático la creación de un teatro subvencionado por el Estado, ha evacuado su informe con arreglo á los principios de la ciencia económica, manifestando que no es con-

veniente la subvención, y haciendo además algunas consideraciones sobre la actual decadencia del teatro, cuyo origen lo encuentran muchos, no solo en el antiguo Teatro Español, de donde nacieron algunas escisiones personales que han venido despues á ser la ruina de nuestra escena, sino tambien en los crecidos y fabulosos sueldos que desde entonces han venido exigiendo muchas de nuestras eminencias artísticas. Moderen, pues, sus exigencias, dejen á un lado el egoísmo, hagan paso á la juventud estudiosa, y por nuestra parte no dudamos que aun es tiempo de que se regenere nuestro teatro nacional.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Le Droit constitutionnel et administratif de l'Angleterre, par le Dr. GNEISS. Seconde partie. Un vol. in-8º; Springer, á Berlin.

Este volumen es la segunda parte de la docta obra, que ha consagrado el doctor Gneiss al examen crítico é histórico del sistema conocido con el nombre de *self government*. Estamos efectivamente muy distantes de comprender la verdadera naturaleza del gobierno inglés, despues de haber leído á Montesquieu y á Delolme. Porque hay en la base de las instituciones representativas del país toda una organización provincial y municipal, que ha impreso la tradición feudal con huellas mas profundas y permanentes. El volumen que acaba de publicar el doctor Gneiss nos da entrada, digámoslo así, al condado y á la comuna. En ella se descubren los complicados rodajes de esa organización local, comentados y referidos á su origen histórico con tan maravillosa seguridad de crítica como exactitud de erudición. Los mismos ingleses han creído sin duda que este trabajo excedía las fuerzas humanas, cuando nadie lo ha intentado entre ellos desde Black-Stone. Preciso será de hoy mas tener á la mano esta sabia obra, si se quiere seguir con conocimiento de causa la cuestión de reforma administrativa en Inglaterra.

Les Chants de Sol, poème tiré de l'*Edda* de Saemund, avec une traduction et un commentaire, par Mr. F.-G. BERGMANN. Un vol. in-8º; Strasbourg et Paris.

Este poema, una de las curiosas producciones de la edad media escandinava, presentaba para la crítica las mas graves dificultades. Compuesto por un cristiano del siglo XII, para un pueblo pagano á la sazón, hallase lleno de alusiones, que exigen, por decirlo así, un perpétuo comentario. Este es precisamente el comentario, que se ha encargado de escribir Mr. Bergmann, profesor de literatura extranjera en la facultad de letras de Estrasburgo. Los que conozcan los servicios prestados por este laborioso filólogo en la literatura escandinava, no se admirarán de encontrar en esta disertación la ciencia y sagacidad, que distingue á sus *Poemas del Edda*. Único defecto de esta ciencia es el multiplicar en demasía las referencias y pruebas; pues que, mas desprendida en sus arranques, podría la erudición de Mr. Bergmann alcanzar su fin con mas viveza, sin perder cosa alguna de su autoridad.



Edificio que parece sólido, pero cuya ruina presienten muchos.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

La vie au point de vue physique ou physiogénie philosophique, par Charles Girard, docteur en médecine et en chirurgie, membre de plusieurs sociétés savantes. Paris, 1860. Un vol. in-12, 5 rs.

Louis Bouilhet, poésies. Paris, 1859. Un vol. in-12, 14 rs.

Alexandre Dumas. Les compagnons de Jéhu. Paris, 1859. 2 vol. in-12, 20 rs.

Giovanni Rufini (Lorenzo Benoni), ancien ambassadeur de Sardaigne: Mémoires d'un conspirateur italien. Paris, 1859. Un vol. in-12, 10 rs.

Roger du Beauvoir: Les mystères de l'île Saint-Louis; chroniques de l'hôtel Pimodan.—Tome premier: Charles Gruyn.—Tome seconde: L'anneau de Fouquet. Paris, 1859. 2 vol. in-18, 10 rs.

J. Barbey d'Aurevilly: L'amour impossible. Paris, 1859. 2 vol. in-12, 5 rs.

Oeuvres de W. H. Prescott: Histoire du règne de Philippe II, traduite de l'anglais par G. Renson et P. Ithier. Paris, 1860. 2 vol. in-8°, 44 rs.

Guide du médecin dans le choix d'une méthode pour guérir les maladies aiguës et chroniques, comprenant des études cliniques et thérapeutiques sur le cancer, par le docteur F. Perrusset, ancien chirurgien interne des hôpitaux, suivi d'un mémoire sur la valeur caractéristique des symptômes, par le Dr de Boeninghausen. Paris, 1860. Un vol. in-12, 19 rs.

Traité de la chaleur considérée dans ses applications, par E. Pécelet, professeur de physique appliquée aux arts à l'école centrale. Paris, 1859. Tomes 1 et 2 in-8°. Prix, 126 rs.

Observations pratiques de Samuel Hahnemann, et classification de ses recherches sur les propriétés caractéristiques des médicaments, par Lud. de Parseval, docteur en mé-

decine de la Faculté de Paris. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 25 rs.

Conférences de clinique chirurgicale faites à l'Hôtel-Dieu, pendant l'année 1858-1859, par M. A. C. Robert, chirurgien de l'Hôtel-Dieu, etc., recueillies et publiées sous sa direction, par le docteur Doumic. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 30 rs.

De l'état nerveux aigu et chronique, ou nervosisme appelé névropathie aiguë cérébro-pneumo-gastrique; diathèse nerveuse; fièvre nerveuse; cachexie nerveuse; névropathie proteiforme; névrospasme et confondu avec les vapeurs, la surexcitabilité nerveuse, l'hystéricisme, l'hystérie, l'hypocondrie, l'anémie, la gastralgie, etc., professée à la Faculté de Médecine en 1857, et lu à l'Académie impériale de Médecine en 1858, par E. Bouchut, professeur agrégé à la Faculté de Médecine de Paris. Paris, 1860. Un vol. in-8°, 22 rs.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere, editor responsable y propietario.

SUMARIO. El Rey de las Tinieblas, por Gustave Aimard, pág. 225.—Guillermo, por D. Antonio Marco y D. Martin Petrea, pág. 229.—Viaje a China, por lord Macartney, pág. 231.—Historia ilustrada de la Guerra de Africa, pág. 232.—De la Guerra en Africa, por el general Yusuf, pág. 234.—Seccion religiosa, pág. 235.—Seccion científica, pág. 236.—Crónica estranjera, pág. 237.—Crónica española, pág. 238.—Critica teatral, pág. 239.—Bibliografia estranjera, pág. 239.—Boletin bibliográfico, pág. 240.

Advertencia importante.—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision a las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente a la reparticion del número, y en Provincias a los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 6 cuartos en Madrid y 8 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohibe su reproduccion en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID: 4860.—Imp. de C. Bailly-Bailliere